

dos contra billones

louis g. milk

Dos contra billones

Louis G. Milk

Dos contra billones

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51—53 Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 32.449 — 1967

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — BARCELONA

I

Los altavoces atronaron de pronto el interior de la cabina de mandos.

—¡No aterrice! ¡No aterrice! ¡Vire en redondo o le destruiremos! ¡Obedezca este aviso! ¡Repito: no aterrice o le destruiremos! ¡Eso es todo!

Rod Galby, único tripulante de la nave, parpadeó incrédulo.

Había esperado un recibimiento inamistoso, hostil; era lo que siempre solía ocurrir cuando se disponía a tomar tierra en un planeta habitado. Sin embargo, en su ya larga carrera de Analista, era la primera vez que recibía una intimación semejante.

Rondando los treinta y siete años, Galby estaba habituado a toda clase de situaciones. Su voz no mostró alteración alguna al contestar:

—Éste es el N.A.310. Tengo una misión que cumplir y ustedes no pueden impedírmela...

—¡Repito: no aterrice o le destruiremos! —Y casi en el acto, otra voz, en una explosión de ira, añadió—: ¡En Afro XI no necesitamos ningún maldito Analista! ¿Ha comprendido?

Galby no hizo caso de las intimaciones. Sabía el riesgo que corría; siempre había exaltados dispuestos a poner en práctica sus amenazas. Pero tenía que bajar y tomar tierra... y rescatar al otro Analista prisionero de los habitantes de Afro XI.

—Bajaré —dijo tranquilamente—. Les aconsejo que se alejen de los chorros de freno. Como ustedes saben, queman.

Y cortó la comunicación.

Todas las comunicaciones. Ahora ya sólo faltaba esperar a ver si los afronios eran capaces de pasar de las amenazas a los hechos.

El rostro de Galby era una oscura máscara de piedra mientras sus manos se movían veloces por el teclado de la consola de mandos. El planeta iba perdiendo su redondez a medida que la astronave descendía.

Estaba a unos cien kilómetros de altura. Una de sus pantallas estaba conectada a un telescopio de gran poder resolutivo, que le mostraba en detalle una extensísima zona circundante al terreno de aterrizaje.

Movió dos palanquitas y puso una tercera, de color rojo, en posición. La velocidad de descenso se reducía paulatinamente. Apenas si se notaba ya la curvatura del horizonte.

Una raya blanca subió de pronto hacia arriba, cuando estaba a setenta kilómetros de altura.

—Pues sí —murmuró Galby—; disparan contra mí.

Presionó la tercera palanca, de color rojo. El cohete desapareció repentinamente.

—Explotará en el hiperespacio —dijo.

Bajó veinte kilómetros más.

Un segundo cohete fue disparado entonces. Y casi en el acto, con una diferencia de apenas un segundo, el tercero.

Galby lanzó dos poderosas descargas de súper impulsión. Los cohetes se esfumaron repentinamente.

Era un gran riesgo; no convenían los saltos al hiperespacio en lugares tan próximos a la superficie de un planeta, pero los cohetes estaban deshabitados. Lo único que sufriría daño sería su carga... y ése era precisamente su fin. Pero que explotase donde no pudiera causar mal a nadie.

Abrió de nuevo la radio. Escuchó fragmentos de una conversación irritada y desalentada.

—...no podemos hacerle nada...

—...desplazó nuestros cohetes al hiperespacio...

—Tendremos que soportar la humillación de un segundo Analista...

El suelo estaba cada vez más cerca. Galby conectó el mecanismo automático altimétrico de aterrizaje. El aparato lo haría todo por él.

Se preguntó qué motivos tenían los hombres de Afro XI para no desear su aterrizaje. El rescate del otro Analista era uno de ellos. Ignoraba los restantes..., aunque harto se imaginaba que la prisión del colega estaba relacionado con la ignorada prohibición de aterrizaje.

No conocía a su colega. Debía de ser nuevo o poco menos en la profesión. Había recibido el aviso cuando se hallaba efectuando una patrulla rutinaria e inmediatamente había puesto proa a Afro XI.

El Director del Servicio de Analistas Planetarios, Jary Gaspar, le había transmitido la siguiente orden:

—En Afro XI han arrestado ilegalmente a uno de nuestros

Analistas, L. Einez, registrado con el número 1219. Rescátelo e investigue. Informe a la mayor brevedad posible.

Eso había sido todo. Gaspar no se había distinguido nunca por su locuacidad, excepto cuando algo le enojaba. Entonces había que taparse los oídos.

Galby se preguntó también por qué Gaspar no había soltado una de sus habituales retahílas de juramentos, de los que habrían avergonzado a un capitán de astronave mercante.

—Tal vez estaba de buenas, pese a todo —se dijo, encogiéndose de hombros.

Y se dispuso a tomar tierra.

* * *

Hombres armados corrieron hacia él, apenas se hubo enfriado el terreno en torno a la pequeña pero compacta nave del S.A.P. Galby los esperó a pie firme.

Eran cinco o seis. Uno de ellos se destacó. Los otros quedaron formando semicírculo a su lado, con los rifles radiantes en posición horizontal.

—Soy Harrian —dijo el afronio—, jefe de Orden. No se mueva, Analista.

Galby dio un paso hacia adelante.

—Tienen al número 1219, del S.A.P. prisionero. Vengo a llevármelo —contestó con acento tranquilo.

Harrian gritó:

—¡Maldita sea! ¡Usted no puede...!

Galby dirigió una fría mirada a la estrella dorada de once puntas que Harrian llevaba en el pecho. El jefe de Orden de Afro XI parecía muy nervioso.

—¿Dónde está el Analista número 1219? —preguntó.

—Lo tenemos encerrado y no lo soltaremos hasta que... ¿Por qué se le ocurrió aterrizar aquí? —vociferó Harrian—. Todo estaba en orden, no había ningún agente biológico descontrolado...

—Si todo estaba en orden, ¿por qué interfirieron su misión?

—Los Analistas no nos gustan —dijo Harrian un tanto infantilmente.

—Los Analistas no hicieron jamás las leyes; solamente se limitan a vigilar su cumplimiento. ¿Ha hecho usted las leyes de Afro XI o

solamente se limita a vigilar que se cumplan?

—El caso es distinto...

Cansadamente, Galby le interrumpió:

—En el Centro de Control del S.A.P. saben que hay aquí dos Analistas, uno de ellos prisionero desde hace semanas. En el C.C.S.A.P. esperan nuestro informe para dentro de doce horas, tiempo galáctico. Caso de que no lo reciban, iniciarán la aplicación de la medida número uno de la cuarentena planetaria. ¿Le digo en qué consiste esa medida, jefe Harrian?

Harrian tenía unos cincuenta años fisiológicos. Pareció envejecer de golpe diez más.

—Iniciarán la primera fase del aislamiento total, ¿eh?

—Así es. Confío en que sus superiores no sean tan obstinados como para obligar al S.A.P. a iniciar las primeras medidas de sanción contra Afro XI. Usted sabe perfectamente que sólo serían dos vidas contra muchas incomodidades.

—El comercio con el planeta quedaría suspendido totalmente —dijo Harrian.

—En la primera fase. Luego vendría la suspensión de transportes de urgencia y de la correspondencia. La tercera fase consistiría en el cese de toda información acerca de ecología planetaria: condiciones de vida, sanidad, humana, animal y vegetal...

—Y la cuarta fase, quedaría suprimido el envío hasta de una tableta de analgésico.

—Es la ley de la Galaxia y los Analistas no la hemos promulgado —contestó Galby.

Harrian hizo un gesto con la mano.

—Bajen los rifles —ordenó a sus hombres—. Está bien, llévese a su maldita Analista y váyanse los dos al infierno —barbotó como conclusión de su entrega a las órdenes de Galby.

Galby parpadeó:

—¿Ha dicho maldita Analista? —preguntó.

—Sí —respondió Harrian—. ¿Acaso no sabía que era una mujer?

* * *

Parecía una muchacha, pero había cumplido ya los veinticinco años. Era alta, casi fornida, pero esbelta y de líneas agradablemente curvadas. Su pelo, dorado oscuro, más bien leonado, era una corta

melena que rebajaba edad a sus hermosas facciones, de un tono tostado debido a las sesiones de sol artificial.

Galby se presentó:

—Analista número 310, Rod Galby. Celebro saludarla, colega.

Ella le tendió una mano, a la vez que le miraba de frente.

—Analista número 1.219, Lisa Einez. Me alegro de verle y de conocerle. He oído hablar mucho y bien de usted, colega.

—Gracias, Einez: —El tratamiento protocolario entre Analistas era citar el apellido, sin más aditamentos—. ¿Ha sufrido algún daño?

—Físico, no, salvo el encierro —contestó Lisa—. Resultó un poco aburrido, a pesar de que disponía de una pequeña terraza para pasear.

Galby paseó su mirada por la habitación. Era de mobiliario sencillo, aunque amplia y bien ventilada. A través de una ventana se divisaba el espeso bosque que circundaba la pequeña ciudad, capital de Afro XI.

—El director me pidió que informásemos apenas estuviese en libertad —manifestó—. ¿Qué ha sucedido?

—Estaba haciendo una patrulla de prácticas —contestó Lisa—. Mis instrumentos detectaron una probabilidad de alteración del equilibrio ecológico de Afro XI. Decidí aterrizar e investigar; a veces, una simple bacteria no registrada, puede destruir la vida de un planeta.

—Sí. Continúe —dijo Galby parcamente.

—No hay mucho más que decir. Los afronios me hicieron prisionera. Sin embargo, tuve tiempo de enviar un rápido mensaje al C.C.S.A.P. Eso es todo.

Galby se pellizcó el labio inferior.

—¿Comprobó la probabilidad de alteración del equilibrio ecológico? —preguntó.

—No tuve tiempo. Los instrumentos sólo señalaban la probabilidad, no lo daban como cierto. Hubiera debido tomar muestras en el bosque, pero ellos no me dejaron.

—Ya —contestó Galby—. Tal vez los instrumentos fallaron. ¿Le dieron alguna explicación del encierro?

—No. Ni siquiera me dijeron cuánto tiempo iban a tenerme encerrada.

Galby asintió.

—Muy bien. Comprobaremos sus sospechas practicando un rápido análisis en mi nave. A propósito, ¿qué fue de la suya? No la he visto en el astropuerto.

Los ojos de Lisa se oscurecieron un instante.

—El jefe Harrian me dijo que había sido destruida por una multitud de fanáticos —respondió.

—¡Buen jefe de Orden! —gruñó Galby, irritado por la contestación de Lisa—. El director Gaspar pedirá la indemnización correspondiente.

—No sé de dónde la sacarán los afronios. El planeta es pobre y su moneda está muy baja. Simplemente, no se cotiza en las Bolsas de los sistemas planetarios.

—De algún modo habrán de pagarlo —aseguró Galby—. Que yo sepa, es la primera vez que se hace una cosa semejante con una nave del S.A.P. Pero reclamar la indemnización no es cosa nuestra. ¿Vamos?

Lisa asintió. Galby se echó a un lado para que ella pudiera pasar.

—Por favor —dijo Lisa—. Le corresponde a usted. No hay otro rango que el de la antigüedad en el SA.P.

Galby salió primero. Estaba separado de Lisa por novecientos nueve números. Muchos eran los que pedían ingresar en el S.A.P. pero, a veces, se pasaban los años sin que ningún solicitante fuese admitido. Las condiciones eran tan duras, que eran poquísimos los aspirantes que lograban el ingreso.

Galby iba a cumplir diecisiete años de servicio. En todo ese tiempo, sólo novecientos y pico aspirantes habían entrado en el S.A.P. Lisa Einez era una de los que lo habían conseguido.

—Debe de ser toda una mujer —pensó, mientras caminaba hacia la salida.

II

Un guardia llevó a la nave el equipaje de Lisa. Galby oyó a la muchacha hablar con el individuo, pero no prestó mayor atención al breve diálogo.

Esperaba los resultados de la máquina analítica, un enorme artefacto que ocupaba buena parte del espacio superior de la nave. El silencio era casi absoluto; sólo se escuchaban los levísimos chasquidos que causaban los engranajes, en el interior del aparato.

La máquina escupió una tarjeta impresa. Galby la tomó, en el momento en que Lisa penetraba en la cámara.

—¿Está ya el resultado del análisis? —preguntó ella.

Galby le pasó la tarjeta. Lisa leyó el resultado:

CONDICIONES ECOLÓGICAS, NORMALES.
NO HAY INICIOS DE PRÓXIMAS ALTERACIONES.

—¿Eso es todo? —murmuró Lisa.

—Se siente decepcionada, ¿verdad?

—Un poco —confesó la muchacha.

Galby se volvió. Hasta entonces, había estado sentado frente a la analizadora.

La forma en que vestía Lisa le sorprendió. En lugar del uniforme habitual de los Analistas, monopieza de color gris acero, con el emblema de la profesión y el número sobre el pecho, vestía una blusa blanca y falda hasta un poco más arriba de las rodillas. Una indumentaria un tanto anticuada, pensó, pero indudablemente atractiva.

Disimuló la impresión que le había causado Lisa. Ahora parecía mucho más mujer, pese a que el uniforme, al estar completamente ajustado al cuerpo, revelaba las curvas de una manera plenamente acusadora.

—¿Estaban sus instrumentos bien comprobados? —preguntó.

—La nave era flamante, recién salida de los astilleros.

—Eso significa que era su primer servicio, Einez.

—En efecto.

Galby se puso en pie y dio dos vueltas por la estancia.

—Resulta extraño. Las comprobaciones suelen ser exactas —comentó—. No he oído nunca que una nave haya fallado y menos en su primer servicio.

—Así lo tengo entendido yo —concordó Lisa.

—¿Hace mucho que salió de la Escuela, Einez?

—Seis meses.

Galby movió la cabeza afirmativamente.

—¿Le resultó duro?

—No en exceso, puesto que las máquinas habían dado una respuesta afirmativa a mis condiciones de Analista. Lo peor fue...

Lisa se calló.

—Prosiga, Einez —ordenó Galby.

—Bueno, no me gustó la idea de tener que permanecer un año en suspensión animada —declaró Lisa por fin.

—Era necesario. De otro modo, con diez años normales, no hubiese tenido tiempo de aprender todo lo que necesitaba saber un Analista.

—Es cierto. Fue lo único que me desagradó de la Escuela.

—Tal vez se deba a un remoto complejo de claustrofobia que los exámenes psiquiátricos no lograron descubrir.

—Estar sola a bordo del reducido ámbito de una astronave, en el espacio, no me ha causado ninguna impresión, ni siquiera en mi primer vuelo de tres meses de prueba —contestó Lisa.

—Una astronave es mucho más amplia que una máquina hipnopédica —dijo Galby.

—Sí, meterse en ese ataúd cilíndrico no es grato. Pero había que hacerlo.

—Bien, dejemos esto por el momento. Las analizadoras dan los resultados por escrito, de modo que lo que vio no se debe a una impresión subjetiva suya. Sin embargo —añadió Galby—, opino que la actitud de los afronios es un tanto rara.

—Lo mismo creo yo.

—¿Fue hecha prisionera apenas poner el pie en tierra?

—Sí.

—Inmediatamente, supongo, la condujeron a su encierro.

—Así ocurrió.

—El destrozo de la nave, ¿cuándo se produjo?

—Imagino que después de que me encerraron —contestó Lisa.

—¿Cuánta gente había en el astropuerto cuando la capturaron?

—¡Oh, el personal de servicio! No demasiados; usted sabe que Afro XI es un planeta con pocos aterrizajes.

—Sí. ¿Nadie más?

—El jefe Harrian y varios de sus agentes. Ignoraron mis protestas y…

—La nave fue destruida por una multitud enfurecida. Del astropuerto a la capital hay cuarenta kilómetros. Los vehículos no son cosa que abunde en Afro XI.

—¿Qué quiere decir, Galby? —preguntó Lisa.

—La distancia, enfría los ánimos. Es posible imaginar un motín contra el Analista que podía ordenar la evacuación de Afro XI, pero hubieran arremetido contra usted, no contra la nave.

—A mí me tenían más cerca que la nave, por supuesto —convino la muchacha.

—Aunque hubieran requisado todos los vehículos para transportar a los amotinados hasta el astropuerto, los cuarenta kilómetros, a ciento veinte a la hora, representan veinte minutos. En ese tiempo, se enfrían muchos ánimos exaltados… y no falta quien empiece a preguntar si lo que van a hacer estará bien hecho.

—Comprendo. Las dudas empiezan a surgir y la exaltación va desapareciendo.

—Y, además, salvaron su equipaje. Ilógico, ¿no?

Lisa se mordió los labios.

—Ahora que pienso, empieza a parecerme ilógico.

—Con acento de ansiedad, preguntó—: ¿Qué es lo que han hecho con mi nave, Galby?

—Todo menos destruirla —respondió él, seguro de sí mismo—. ¿Está lista para el despegue, Einez?

Lisa se miró las ropas.

—¿Tan pronto?

—Sí. Tan pronto —repitió él—. Acomódese en el sillón del copiloto. Despegaremos inmediatamente… tras despedirnos con toda cortesía del jefe Harrian.

* * *

—Cualquier astronauta puede manejar una nave del S.A.P., pero no todos conocen sus secretos a fondo, como un Analista —dijo

Galby.

Lisa asintió en silencio. Tenía la vista fija en lo que había al otro lado de las lucernas de proa, pero no se veía nada.

La nave vibraba tenuemente, sometida toda su estructura al fenomenal esfuerzo de la superimpulsión contrarrestada por el freno de los motores en fase negativa. Era un tremendo consumo de energía y Lisa se preguntó si Galby sabría luego cómo reponer el combustible almacenado en los tanques solares.

Hubieran debido estar volando a una velocidad de decenas de veces superior a la de la luz y, sin embargo, permanecían inmóviles, invisibles en las fronteras del espacio normal y del hiperespacio.

Ellos no veían nada, pero tampoco podían ser vistos ni detectados por los tripulantes de ninguna nave que orbitase en muchos millones de kilómetros a la redonda.

Sin embargo, no estaban aislados.

Un delgado pero invisible cordón umbilical de baja energía les unía al espacio normal. En el extremo opuesto de la línea había un diminuto detector que transmitía instantáneamente cualquier señal de nave despegando de Afro XI.

El detector podía ser detectado a su vez, pero, para cuando esto ocurriese, los tripulantes de la otra nave ya no tendrían escapatoria.

—¿Cree que los afronios tienen mi nave? —preguntó Lisa.

—Estoy seguro de ello.

El cronómetro de tiempo galáctico desgranó otro silencioso minuto. La vibración se acentuó ligeramente.

Lisa consultó el indicador de combustible solar.

La aguja se hallaba en el último cuadrante antes de la línea roja que señalaba peligro de agotamiento de los tanques. Cuando éstos quedasen vados, se encendería una lámpara de color violado.

—El combustible se consume muy aprisa —indicó.

—Tenemos todavía para dos horas —contestó Galby.

Lisa le miró de reojo. Era un hombre impasible, pétreo, incapaz de exteriorizar una emoción.

—¿Me pasará a mí con el tiempo? —se preguntó.

Todos los Analistas que había conocido presentaban las mismas características que Galby: serios, herméticos, concentrados en sí mismos, lacónicos... y duros e inflexibles.

Era la profesión. Se reconocía útil, pero los miembros de la S.A.P.

eran poco apreciados.

A veces, tenían que destruir un planeta; no desintegrándolo en el espacio, sino declarándolo inhabitable. Esto no gustaba a quienes se veían obligados a emigrar.

Lo más corriente era declarar inhabitables extensas áreas de un mundo. Muchas veces sucedía que eran los terrenos más productivos.

Pero la salud de la Galaxia lo exigía. Las normas al respecto no podían ser más estrictas. El tráfico interestelar era intensísimo. Una simple espora, transportada por una nave mercante, podía multiplicarse trillones y trillones de veces y arrasar totalmente un planeta: hombres, animales y vegetales.

Los Analistas cuidaban de que tal cosa no sucediera. Por dicha razón, su vigilancia era incesante.

Sus informes no tenían fuerza ejecutiva. Las decisiones se tomaban por el Consejo Superior de Sanidad de la Galaxia, oído el director del S.A.P. A veces, ocurría que un informe era devuelto para posterior comprobación.

Entonces, se aprobaba el consejo de evacuación o se denegaba. El C.S.S.C. poseía medios poco menos que ilimitados para combatir cualquier enfermedad, pero si adoptaba una decisión de evacuación, la orden resultaba inapelable.

No se conocía ningún caso de resistencia. El de Afro XI era el primero —si podía considerarse como tal— que conocían tanto Galby como Lisa.

Una lámpara de color ámbar se encendió de pronto en el cuadro de mandos.

—¡Ahí están! —dijo Galby—. Sujétese, Einez.

Era una recomendación innecesaria. Lisa, como Galby, estaba sujeta al asiento por una especie de coraza que cubría todo su cuerpo, dejando libres solamente la cabeza, los brazos y las piernas a partir de las rodillas. Tal coraza era anatómica y automáticamente ajustable a la corpulencia del astronauta. La cabeza estaba asimismo protegida por un semicasco acolchado que cubría toda la parte posterior.

Devorando megavoltios de energía, la nave surgió al espacio normal.

* * *

La nave secuestrada volaba plácidamente cuando, de repente, una nave análoga se materializó a sólo unos pocos centenares de metros.

Hubo una explosión solar de luz en el lugar de la aparición. El fogonazo duró apenas una décima de segundo.

El jefe Harrian se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué...?

Una voz, fría, desapasionada, irrumpió a través de sus altavoces.

—Deténganse —ordenó Galby—. No intenten pasar al hiperespacio; les he formado una valla esférica de energía y perecerían en el acto.

Harrian maldijo profusamente. Galby ignoró sus maldiciones.

—Aterricen de nuevo —dijo—. Viren en redondo y desciendan sobre Afro XI. De lo contrario, reduciré el diámetro de la esfera de energía hasta que mueran abrasados.

Harrian sabía que Galby podía hacerlo.

—Está bien —contestó abatidamente—. Regresamos.

La nave secuestrada viró en redondo, describiendo una curva de millares de kilómetros. Galby siguió puntualmente todos sus movimientos, con el dedo puesto sobre el pulsador que dispararía la carga de energía.

—Voy a aterrizar al mismo tiempo que ustedes —anunció—. Advierta a sus hombres que no intenten nada contra nosotros.

—Lo haré —contestó Harrian ceñudamente.

Las naves picaron hacia el astropuerto. Galby vigiló desde la suya el aterrizaje de la que había sido secuestrada a Lisa.

Esperó en el aire, inmóvil, hasta que el terreno se hubo enfriado. Entonces, aterrizó a su vez.

Tuvo que aguardar otro poco. Desde las lucernas, vieron un grupo de hombres inmóviles en un extremo del astropuerto. Con unos prismáticos corrientes, Galby estudió sus caras hoscas, ceñudas, expresando la frustración y el abatimiento de la derrota.

Poco después, los termómetros indicaron una temperatura normal en el exterior.

Galby manejó un par de controles. Dos largas antenas, rematadas en unas semiesferas de brillantes rejillas de metal, surgieron de la proa, orientándose automáticamente hacia el sol de Afro XI.

Los cargadores de energía almacenaban combustible solar en los tanques. Galby estudió los indicadores; el proceso de carga se

desarrollaba normalmente.

—Salgamos, Einez —dijo.

Lisa se puso en pie. Ya se había quitado la coraza protectora hacía rato.

—¿Iremos a mi nave? —preguntó.

—Luego —decidió él—. Primero quiero hablar con el jefe Harrian.

III

Estaban en el despacho del comandante del astropuerto. Lisa, sentada en un sillón situado en un ángulo, escuchaba silenciosamente la conversación.

«Todo esto es experiencia que adquiero para el futuro», se dijo.

Galby estaba sentado tras la mesa de despacho. Harrian se hallaba frente a él, con todo el aspecto de un acusado.

—Han secuestrado una nave del S.A.P. —dijo Galby—. Retuvieron preso a su tripulante durante semanas. Esto es una notoria infracción de las leyes galácticas. Defiéndase, jefe Harrian.

—No tengo nada que decir. —Harrian alzó la barbilla orgullosamente.

—Usted es sólo un hombre de paja en este caso —afirmó Galby—. ¿A quién obedece?

—Usted no puede obligarme a declarar —contestó Harrian.

—No, pero puedo juzgarle y proponer una sentencia que, estoy seguro, será confirmada inapelablemente. Y esa sentencia deberá ser cumplida en el propio Afro XI.

—Senténcieme —le desafió Harrian.

—Está defendiendo a alguien que no lo merece. ¿Qué hicieron con la nave número 1.219? ¿Adónde se dirigían?

—Repito que no contestaré a ninguna de sus preguntas. Decláreme culpable; cumpliré la pena que se me imponga.

—¿Va a decirme que todo lo ha hecho por iniciativa propia?

Harrian apretó los labios. Galby se dio cuenta de que ya no hablaría más.

—Está bien —dijo al cabo—. Retírese. Vaya a su domicilio y considérese arrestado en él hasta la notificación de la sentencia.

Harrian se puso en pie y salió silenciosamente de la estancia. Galby tenía en las manos un lápiz y lo rompió bruscamente.

El chasquido sobresaltó a Lisa. Era la primera vez que veía a Galby perder el dominio de sí mismo.

—¿Quiere que le interrogue yo? —preguntó.

—No. Éste es un caso prácticamente cerrado.

—¿Cómo...?

—Harrian será depuesto y sentenciado a unos años de prisión. Es

todo lo que obtendremos, aparte de haber recuperado su nave, claro.

—Pero él no obró por iniciativa propia. En todo caso, si propuso la idea de secuestrar la nave y apresarme a mí, alguien tuvo que aprobar su idea —alegó Lisa.

—Es lo más probable —convino Galby pensativamente—. Pero tendremos que darnos por contentos con haber recuperado la nave, castigado a Harrian... y comprobado que las condiciones ecológicas de Afro XI son normales.

—¿No podemos hacer más? —preguntó Lisa.

Galby la miró fijamente.

—¿Qué hubiera hecho usted, en mi puesto?

—Hubiese pedido explicaciones al Consejo de Gobierno de Afro XI —contestó ella.

—No puede. Su autoridad, en determinados aspectos, es superior a la nuestra. No había gérmenes perniciosos; el planeta está en perfectas condiciones. Además, aunque pudiese hacerlo, le contestarían que Harrian obró por cuenta suya.

—Entonces ¿habremos de abandonar el caso tal como está?

—Me temo que sí..., después de haber visitado su nave. Pero antes nos pondremos los trajes sanitarios.

—¿Qué es lo que teme usted? —preguntó Lisa.

Galby lanzó un profundo suspiro.

—Exactamente, no lo sé —contestó—. En privado, le diré que voy a proponer al S.A.P. una cuarentena indefinida de vigilancia sobre las actividades de los habitantes de Afro XI. Eso es todo lo que puedo hacer... por el momento.

* * *

Cuando salían del edificio, se encontraron con una multitud enfurecida que pretendía cerrarles el paso.

—¡A muerte los Analistas! —era el grito común que se oía.

Lisa retrocedió un paso, impresionada, a su pesar, por el aspecto de los amotinados.

—Van a matarnos —susurró, amedrentada.

Pero de pronto recordó quién era y se irguió.

—¡Adelante! —contestó—. ¡Atrévanse a tocarnos y el planeta será arrasado!

Eran unos doscientos. Decenas de rifles radiantes se encararon

hacia ellos desde unos veinte metros de distancia.

El suelo hirvió repentinamente en explosiones de luz silenciosa, que derribaban a los levantiscos. Los rifles radiantes quemaban de pronto y se desprendían de las manos que los empuñaban.

Los amotinados se dispersaron. Algunos quedaron en el suelo, retorciéndose débilmente.

—Pronto se recuperarán —dijo Galby tranquilamente—. Sólo les disparé unas cuantas descargas de energía mínima.

Lisa le miró asombrada.

—Pero usted no llevaba armas encima...

Galby le enseñó un tubo alargado, no mayor que el lápiz que había roto momentos antes.

—Está conectado a los cargadores de energía que tenemos en funcionamiento —dijo—. Usted también tiene uno en su nave.

—Sí, es cierto —admitió ella pesarosamente—. Todavía me queda mucho que aprender antes de ser un buen Analista.

—Lo será con el tiempo. Todos cometemos errores y no sólo al principio de la carrera. Vamos a ponemos los trajes sanitarios.

Los afronios les observaban hostilmente a prudente distancia. Atravesaron tranquilamente el astropuerto y se dirigieron a la nave número 310.

Media hora después, convenientemente protegidos, entraban en la nave de Lisa.

—Examine el programador de órbitas —indicó él—. Yo voy a cuidarme del aspecto sanitario de la nave.

Lisa obedeció. No había grados en el cuerpo de Analistas, salvo los derivados de la numeración, que indicaba la antigüedad en la profesión. Ello confería superioridad de los números bajos sobre los más altos.

Galby llevaba en las manos una caja de tamaño parecido al de un pequeño maletín, dotada de algunas esferas indicadoras. A medida que se paseaba por los rincones de la nave, observaba atentamente las señales que aparecían en las esferas.

Lisa vino poco después.

—No había programada ninguna órbita definida —dijo—. Sólo el despegue en ascensión completamente recta, sin primera etapa señalada.

Galby frunció el ceño. Luego dijo:

—Está bien. Memorice las indicaciones de la cinta programadora, pero no la arranque. Déjela donde está.

—Bien —contestó Lisa parcamente.

La nave estaba limpia de gérmenes. El oficio, sin embargo, había vuelto a Galby sumamente suspicaz.

Lisa regresó pasados unos minutos.

—Estoy lista —informó.

—Bien, vámonos.

Lisa arqueó las cejas debajo del espeso casco del traje protector.

—¿Cómo? ¿Dejamos mi nave?

—No. La haremos despegar por control remoto y la destruiremos en el espacio.

—Pero...

—Basta, por favor —cortó él imperativamente.

La disciplina era muy rígida en el S.A.P. Mientras durase la misión de rescate, Galby era su jefe. Lisa se resignó a obedecer.

Regresaron a la nave número 310 y entraron en la cámara de desinfección.

—Me volveré de espaldas —dijo Galby.

Lisa enrojeció ligeramente bajo el casco. Ninguno podía penetrar en la nave sin antes haberse desinfectado a conciencia. Los trajes sanitarios quedarían en un receptáculo especial, sometidos posteriormente a una desinfección automática.

Debajo de los trajes no llevaban ninguna otra prenda de ropa. Era una prescripción del Servicio que debía cumplirse a rajatabla.

Una vez despojados de los trajes, cayó sobre ellos una lluvia de un líquido altamente desinfectante, no pernicioso para el organismo. Después de secos por medio de fuertes corrientes de aire caliente, se sometieron a la acción de los rayos ultravioleta durante diez minutos.

La cámara quedó seca. Las lámparas de rayos ultravioleta, girando automáticamente, barrieron todo el interior del habitáculo. Los trajes estaban ya en el lugar correspondiente.

Al terminar, Galby dijo, sin volverse:

—Entre y vístase. Vaya luego a la cámara del copiloto y espere.

—De acuerdo.

Actuando de aquella forma, la entrada de cualquier germen nocivo quedaba anulada. Unos minutos después, Galby oyó la voz de

Lisa:

—Ya puede pasar.

Galby fue a su cámara y se puso el monopieza del uniforme. Desde allí llamó a la muchacha:

—Estoy listo. Vamos a la cámara de mando.

Se reunieron en el sitio indicado. Galby dijo:

—Haremos despegar las dos naves al mismo tiempo. Ocúpese usted de la mía; yo pilotaré la suya.

—Muy bien.

Los motores solares entraron en acción, lanzando ingentes chorros de fuego blanco contra el suelo. Poco a poco, las naves fueron alzándose del suelo hasta que, de repente, con un aullido brutal, se perdieron en las alturas.

A veinticinco millones de kilómetros de distancia, Galby presionó un botón. La nave de Lisa explotó con una llamarada semejante a la de la aparición de un pequeño sol.

—Lo siento —dijo Galby.

—Tenía que hacerlo —contestó ella.

* * *

Se despidieron en el pequeño astropuerto del S.A.P.

—Temo que nuestro conocimiento no haya sido todo lo satisfactorio que habríamos podido desear —manifestó Galby, en el momento de separarse.

Por primera vez, Lisa vio en el rostro de Galby una nota de humanidad.

Sonrió.

—Usted lleva en el Servicio muchos más tiempo que yo —contestó—. Tal vez, dentro de muchos años, si me encuentro en una situación similar a la suya, me comporte exactamente igual. Entonces, un joven Analista, respetuosa, pero silenciosamente, me pondrá verde.

—Es una profesión muy dura —repuso él—. Sólo los que tienen una verdadera vocación pueden seguir adelante.

Lisa lanzó un profundo suspiro.

—Me temo que ése no es mi caso —contestó—. En fin, quizá no volvamos a vernos más. Adiós, Galby.

—Adiós, Einez.

Lisa giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida del astropuerto. Caminaba con pasos largos y fáciles, alta, esbelta, segura de sí misma.

Galby la contempló mientras se alejaba. Toda una mujer, pensó.

Lisa enseñó su documentación al jefe de la guardia del astropuerto. Luego desapareció de la vista de Galby.

El Analista número 310 pensó que era la última vez que veía a Lisa Einez.

IV

Lisa esperó hasta que la secretaria del director del S.A.P. le anunció que Jary Gaspar estaba dispuesto a recibirla.

Se puso en pie y anduvo unos pasos, hasta cruzar la puerta. Gaspar se puso en pie.

—¿Cómo está, Einez? —saludó el director.

—Bien, gracias —contestó ella.

Gaspar le señaló un sillón.

—Siéntese, Einez.

Lisa obedeció. Gaspar hojeó unos papeles que tenía sobre su mesa.

—He leído el informe de su misión —dijo.

—Sí, señor.

—Cometió algunos pequeños errores. No importa; es el precio que debe pagar todo principiante.

—Por eso he venido a verle, director.

Gaspar la miró inquisitivamente.

—Esta visita no era necesaria. Los informes lo dicen todo. He contrastado el suyo y el de Galby y ambos concuerdan en todos los puntos.

—Falta uno, que he preferido expresar personalmente —dijo Lisa.

—Bien, hable.

—He venido a presentarle mi dimisión.

Sobrevino una pausa de silencio.

Lisa sentía fija sobre sí la penetrante mirada de Gaspar. En el número de Analistas, Gaspar tenía uno muy bajo, el 17.

Los anteriores, o estaban muertos o se habían retirado. Ahora, la escala de Analistas comenzaba a partir del número 17.

—Hace años que ningún miembro del S.A.P. me plantea un problema semejante —dijo Gaspar por fin.

—Lo siento, director. Yo me siento fracasada. No sirvo para Analista.

—Prefiero oírla hablar de esa manera —declaró Gaspar—. Alguno dijo de sí mismo que era un buen Analista. Resultó que no lo era.

—Yo no lo soy —insistió Lisa.

Gaspar meditó unos instantes.

—Debiera aceptar su dimisión sin más —contestó al cabo—. En nuestra profesión, no se acepta a nadie que no venga voluntariamente. Sólo se rechazan a quienes no logran superar las pruebas, acerca de cuya dureza no voy a hablarle, puesto que la conoce tan bien como el que más.

»Usted ganó a pulso su título de Analista. Se le designó una misión y trató de cumplirla de acuerdo con las enseñanzas recibidas. A veces, sin embargo, ocurren cosas totalmente inesperadas. La rebeldía de Harrian es una de ellas.

»Nunca exigimos que un Analista supere cualquier situación. Admitimos que un Analista es un ser humano y, como tal, falible. Usted falló, pero sólo a medias. A fin de cuentas, si sus detectores indicaron peligro en Afro XI, su deber era investigar. No podía prever que el tal peligro era ficticio.

—¿Ficticio? —repitió Lisa.

—Sí. No había gérmenes nocivos, lo cual significa que las indicaciones fueron falseadas desde el suelo. Con qué objeto, no hemos podido averiguarlo todavía, pero cualquiera que fuese el propósito de Harrian, o de quienes se escudan tras él, hemos conseguido frustrarlo.

—Yo, no, desde luego...

—Lo ha hecho el S.A.P. Las acciones de los individuos del S.A.P. redundan en beneficio o demérito del mismo. Quizá resultó conveniente su detención; en todo caso, evitamos que Afro XI se quedase con una nave del Servicio.

—Galby la destruyó.

—Una acción conveniente, aunque no satisfactoria. Einez, por el momento queda rechazada su dimisión.

—Pero...

Gaspar alzó la mano.

—Todo hombre que emprende una profesión, o mujer, tanto da, se siente frustrado y decepcionado con su primer error. De él depende que pueda superar esa pequeña crisis o dejarse abatir por la sensación de derrota. Lo mismo le pasa a usted.

—Yo no sirvo, director.

—Permítame que le diga que opino todo lo contrario. Pero nunca retenemos a un miembro en el S.A.P. contra su voluntad, aunque, como dije antes, me paso años enteros sin conocer una dimisión.

Vaya a su casa y reflexione durante dos semanas. Si en ese espacio de tiempo, sigue pensando lo mismo, le aceptaré la dimisión. Si se da cuenta de que puede superar la crisis, regrese sin más. Se le asignará una nueva misión y... En otro caso, bastará con que deje una simple nota a mi secretaria.

Lisa entendió que la entrevista había terminado.

Se puso en pie.

—Gracias por su benevolencia, director —murmuró.

—Hago igual con todos —respondió Gaspar lacónicamente.

Lisa abandonó el despacho. Las palabras del director del S.A.P. la habían impresionado profundamente.

Cuando llegó a su casa, antes de cambiarse de ropa y quitarse el uniforme del Servicio, se desprendió la insignia que llevaba sujeta con un broche, sobre el seno izquierdo.

Contempló el rombo de esmalte azul, fileteado en plata, en cuyo centro se veían las tres letras S.A.P. y debajo su número de serie, también en plata.

Para conseguir aquella insignia, había luchado durante doce años. Había empezado a los catorce y ahora tenía veintiséis. De una chiquilla, se había convertido en toda una mujer.

Doce años de duros esfuerzos... bien, en realidad, podía decirse que eran veintidós. Uno de dichos doce años lo había pasado en suspensión animada, metida dentro del cilindro hipnopédico. En doce meses de dicha situación y por medio de la enseñanza impartida durante el sueño, había adquirido conocimientos que le habría costado de otro modo diez años de intensos estudios.

¿Valía la pena un esfuerzo semejante para fracasar en la primera misión que se le encomendaba?

Lanzó la insignia sobre el lecho. Con rápidos movimientos, se despojó del uniforme. Luego se encaminó hacia el baño.

Quince días más tarde, tendría que tomar una decisión.

Ciertamente, ya la había tomado. Dimitiría.

* * *

El detector de microorganismos lanzó un «bip» prolongado. Galby estaba terminando de pasarse la pasta depilatoria por la cara y, con la toalla en la mano, corrió del pequeño baño de la nave a la cabina de mando.

Examinó la pantalla. Sonó otro «bip».

Mecánicamente, Galby se pasó la toalla por la cara, limpiándose así la cara de la pasta y del vello. El tercer «bip» sonó claro, fuerte y prolongado.

Tiró la toalla a un lado y se sentó ante la consola de mandos. Lanzó una rápida sonda analítica.

«Germen desconocido. Imposible calcular sus consecuencias en seres orgánicos», fue la respuesta que recibió a poco.

—Pero Xotil II está deshabitado —dijo en alta voz.

El planeta se extendía a sus pies, apenas a unos tres millares de kilómetros. Había abundancia de agua, extensas zonas de tierra firme y, por medio del telescopio, podía divisar grandes áreas cubiertas de vegetación.

Describió una órbita de diámetro decreciente en torno al planeta. Al terminar la circunvolución, había perdido mil kilómetros de altura.

Grabó un mensaje:

—Detectado germen desconocido en Xotil II, planeta habitable susceptible de ser colonizado. Me dispongo a investigar. Enviaré informe lo más pronto posible.

Luego hizo girar una rueda un cuarto de vuelta. Presionó un botón y un minúsculo cohete, de apenas setenta centímetros de largo, salió disparado al espacio, impulsado por una delgadísima columna de energía proyectada desde el centro de energía de la nave.

El cohete aceleró hasta alcanzar una velocidad próxima a la de la luz. Entonces, un mecanismo automático se puso en funcionamiento, la nave disparó un chorro de energía supletoria y el cohete se sumergió en el hiperespacio.

Cuando surgiera al espacio normal, lo haría en una relativa proximidad al C.C.S.A.P. Automáticamente también, transmitiría su mensaje, que sería recibido, grabado de nuevo y pasado al director. De este modo, Jary Gaspar sabría en todo momento dónde se encontraba.

Cuando el cohete mensajero «saltó» al hiperespacio, Galby estaba ya muy próximo a aterrizar.

De pronto, notó que la nave caía a plomo.

Parecía como si le hubiesen fallado los chorros de freno.

Desesperadamente, se aplicó a contener aquella terrible velocidad de descenso.

Se dirigía hacia un frondoso bosque, situado en la ladera de una montaña, cerca de la cual había una vasta extensión de agua. Durante unos instantes, el bosque desapareció de su vista.

La caída fue refrenada. Galby se dio cuenta de que iba a aterrizar en una superficie plana, erizada de plantas de forma alargada, lanceolada en su mayoría, algunas de las cuales alcanzaban muchas veces su propia estatura. La nave se detuvo sin posteriores incidentes.

Galby practicó una minuciosa investigación en los instrumentos de a bordo, mientras el terreno se enfriaba a su alrededor. Los resultados que obtuvo fueron positivos.

Se preguntó a qué se debía aquel momentáneo fallo. Parecía como si un agente externo hubiese actuado sobre los mecanismos de la nave, paralizándolos durante unos segundos.

Pero el planeta estaba desierto. Al menos, en lo que se refería a seres inteligentes.

La atmósfera era del tipo normal. Por lo tanto, no había motivos para pensar en ciudades subterráneas.

De haber habido alguna ciudad al aire libre, la inevitable producción de calor habría sido detectada inevitablemente. Aunque no hubiese máquinas de ninguna clase, aunque los hipotéticos pobladores de Xotil II viviesen de la forma más primitiva posible, una aglomeración de personas era siempre una fuente de calor, que no tardaba en ser detectada por los sensibles instrumentos de la nave número 310.

Xotil II, por lo que Galby podía apreciar, estaba desierto, al menos en lo referente a seres humanos.

El termómetro exterior indicó que la temperatura era ya normal. Podía salir fuera de la nave.

Le preocupaban los gérmenes desconocidos. Debía procurarse una muestra de los mismos, para que fuesen analizados en los laboratorios del S.A.P. y experimentados sus efectos, a fin de que se decidiese sobre la conveniencia o no de colonizar a Xotil II.

Aparentemente, el planeta era perfectamente habitable. Aunque el S.A.P. lo declarase nulo para la colonización, siempre existía el peligro de alguna partida de colonizadores incautos, que quisiera

establecerse allí. En tal caso, antes de evacuarlos, si los gérmenes eran realmente nocivos, resultaba imprescindible conocer el medio de combatirlos, a fin de evitar su propagación por la Galaxia.

Se endosó el pesado traje sanitario, sobre el cual colocó los depósitos de oxígeno y una mochila con algunos instrumentos. Efectuó unas cuantas manipulaciones en la nave y se dispuso a salir.

Abrió la compuerta externa. Eran unos raros vegetales aquellos, largos, cilíndricos muchos de ellos, lanceolados otros, pero todos terminados en una aguda punta, situada a distancias que oscilaban entre los veinte o treinta metros por encima de su cabeza.

Los árboles, si así se les podía llamar, eran lisos externamente, salvo por una serie de orificios circulares, distribuidos de manera irregular a lo largo de su estructura. El grosor de los mismos era muy superior al del cuerpo del Analista.

Se movían muy lentamente, oscilando a derecha e izquierda de una forma extraña, todos a la vez, sin las irregularidades propias de un bosque de tipo terrestre, en que cada árbol, aun siguiendo los embates del viento, se movían de manera algo distinta a la del árbol contiguo.

Aquellos árboles se movían todos a la vez.

A Galby le parecieron seres animados. Una desconocida sensación de opresión invadió su ánimo.

Avanzó lentamente. Bajo sus pies, el suelo crujía levemente. Había una hierba de tallos cortos, duros y, al parecer, secos, de color amarillento verdoso.

En la mano derecha llevaba una pistola radiante. La izquierda estaba apoyada sobre un pequeño cuadro de mandos que llevaba en la pechera de su traje sanitario.

El monstruo apareció de repente ante su vista.

* * *

Parecía una bola de materia inanimada que rodase blandamente sobre sí misma. Era de color gris sucio y no tenía ojos.

En un medio fluido, debía de tener forma esférica, calculó Galby. Ahora tenía el aspecto de una gota de un líquido viscoso caída sobre una superficie plana y de material repelente.

Largos folículos partían de su estructura semiesférica, agitándose rápidamente en todas direcciones. El tamaño de la bestia triplicaba

el de Galby.

El Analista se sintió inquieto. Malignas emanaciones de un cerebro situado Dios sabía dónde, partían del interior del cuerpo informe del monstruo.

Un Analista debía estar preparado para cualquier eventualidad. Inmediatamente, tomó sus medidas, conectando el circuito anti telepático.

Las emanaciones cesaron en el acto. Entonces, los flagelos de la bestia redoblaron sus movimientos.

—Está irritada —calculó Galby—. Se ha dado cuenta de que he rechazado su asalto mental.

Pero dudaba de que pudiera hacer lo mismo con un asalto físico.

Tranquilamente, grabó sus impresiones del encuentro con el monstruo, a la vez que, con toda prudencia, retrocedía hacia la nave. De súbito, notó un golpe en la espalda.

Saltó a un lado instantáneamente. Su acción, producto de un largo entrenamiento, jamás descuidado, le salvó la vida.

Flagelos de dos y tres metros de longitud, delgados como un dedo meñique, pero terriblemente fuertes en apariencia, se agitaron furiosamente delante de sus ojos. De no haber andado listo, una docena de aquellos tentáculos le habrían atrapado irremisiblemente, yendo a parar a las fauces del segundo monstruo.

Pero ¿tenían fauces aquellos seres? No se les veía boca alguna y…

¿Devoraban a sus presas por simple ingestión a través de su movible epidermis?

Un tercer monstruo apareció, rodando por entre los tallos, algunos de los cuales eran doblados con toda facilidad. El cuarto animal surgió casi en el acto.

Entonces, Galby se dio cuenta de que las bestias le cerraban el paso a la nave.

Presionó con la mano izquierda el botón del cuadro de mandos de su pecho. Instantáneamente, un cohete de socorro partió de la nave hacia el espacio.

Galby levantó la mano armada. Debía llegar a la nave fuese como fuese.

La pistola radiante era el único medio de abrirse camino. Se preguntó si sus descargas de energía surtirían efectos en las bestias.

V

Se oyó un acorde melodioso. Lisa Einez, tendida cómodamente en un diván, lanzó una mirada hacia el visófono.

El acorde se repitió. Lisa dejó a un lado la revista de modas que estaba hojeando con más hastío que afición, y se puso en pie.

Caminó hacia el aparato y dio el contacto. La agraciada cara de la secretaria de Gaspar apareció en el acto en la pantalla.

—¿Número 1.219?

—Sí…, es decir…

—Tengo órdenes para usted —dijo la secretaria.

—¡Pero yo pensaba presentar mi dimisión! —protestó Lisa.

—Lo siento. Son órdenes personales del director. Vaya al astropuerto. Allí le entregarán un sobre con las instrucciones de vuelo.

—¡Quiero hablar con Jary Gaspar! —gritó la muchacha.

—Está en una reunión de urgencia con el Consejo. Pasarán horas antes de que esté despachado y usted debe partir inmediatamente. Eso es todo.

La comunicación se cortó. Lisa se quedó mirando durante unos momentos la pantalla.

Luego apagó el visófono.

«En realidad, ¿habría presentado mi dimisión?, se preguntó.

Faltaban dos días para que se cumpliera el plazo estipulado por Gaspar. Pese a sus manifestaciones, lo cierto era que aún no había llegado a una decisión definitiva.

Pero las órdenes de Gaspar, fuese cual fuese su situación actual no podían ignorarse.

Corrió a su dormitorio. Un Analista tenía siempre una maleta preparada con su equipo privado.

Se cambió de ropa con rapidez, enfundándose en el monopieza gris de uniforme. Corrió al espejo y se atusó un poco los cabellos.

Pocos momentos más tarde, estaba en la calle. Una cinta transportadora la llevó hasta un túnel de vía rápida.

Media hora después, emergía a la superficie. Un taxi monorrueda se detuvo junto a ella.

—¿Adónde la llevo, señorita? —preguntó el conductor.

Lisa miró al hombre. Era un sujeto joven, de atractiva sonrisa.

—Soy del S.A.P. —contestó.

El taxista se encogió de hombros.

—El dinero no tiene olor —contestó con moderado cinismo—. ¿Va al astropuerto del S.A.P.?

—Sí.

—Entre, señorita.

Lisa se sintió un tanto extrañada. Hacía años que nadie le daba un tratamiento semejante. Se sentó en el asiento posterior, inmediatamente detrás del conductor, y el vehículo arrancó de inmediato.

La marcha era suave, sin sacudidas ni estremecimientos. Dejaron atrás los últimos edificios urbanos y se adentraron por la vía externa que conducía al astropuerto.

A veinte kilómetros de la ciudad, había un nudo de comunicaciones. El conductor tiró repentinamente hacia su derecha.

Lisa frunció el ceño. Ordinariamente, los conductores de vehículos públicos se sentían más bien reticentes cuando habían de transportar a un Analista.

Aquel joven se había comportado con desusada amabilidad, deteniéndose a su lado, sin haber sido llamado. Ahora empezaba a darse cuenta de que había caído en una trampa.

El uniforme tenía un cinturón, en el que llevaba algunos objetos para su defensa personal. Lisa se llevó una pastilla a la boca y la disolvió, como si se tratase de un caramelo.

Volvió a usar el departamento secreto del cinturón. Arrancó uno de los adornos, en forma de esfera, y lo lanzó contra el parabrisas.

Inmediatamente, estalló una nube de humo en la cara del conductor.

—¿Qué diablos...?

El conductor se calló en el acto, adormecido casi instantáneamente por los efectos del gas narcótico, que Lisa había contrarrestado mediante la ingestión de la droga. El monorrueda redujo su velocidad y Lisa, estirando el brazo, movió la palanca de mando, desviándolo a un lado de la vía.

Las patas equilibradoras surgieron automáticamente apenas se detuvo el vehículo. Lisa intentó abrir la puertezuela, pero se dio cuenta de que estaba sólidamente cerrada.

Con seguridad, se dijo, había un mecanismo especial de apertura de la puerta. Pero no podía entretenerse en buscarlo.

Sacó el tubo de energía y cortó una abertura circular de casi un metro de diámetro en uno de los costados de la cúpula transparente del vehículo. Echó la maleta fuera y ella saltó unos segundos más tarde.

* * *

—Llega usted con treinta minutos de retraso sobre el horario previsto por la secretaria del director —dijo el jefe del astropuerto.

Lisa se disculpó:

—Lo siento. He sido objeto de un intento de secuestro. Afortunadamente, me di cuenta a tiempo y pude escapar.

El jefe enarcó las cejas.

—¿Secuestro?

—Exacto. Encontrarán al hombre durmiendo, en la derivación R—III, fuera de la vía, El número del taxi es el 5E—4491.

—Enviaré inmediatamente a por él —aseguró el jefe del astropuerto. Luego entregó un sobre a la muchacha—. Sus instrucciones. La nave está alistada y revisada. Debe zarpar de inmediato.

—Bien —contestó Lisa—. Sin embargo, debo hacer constar...

—Que pensaba presentar su dimisión —respondió el hombre—. Lo sabía, pero lo hará a su regreso. Dese prisa.

—Debe de ser un asunto de suma urgencia —opinó Lisa.

—Lo es —corroboró el jefe del astropuerto—. Buen viaje.

Una carretilla que se desplazaba sobre un colchón de aire se acercó. Lisa montó en el vehículo, que partió de inmediato hacia su nave, situada en uno de los puntos de despegue del astropuerto.

Las cifras de serie brillaban al sol. Lisa leyó casi con cariño su número. El nuevo aparato había recibido la misma numeración.

Trepó a la cabina, se sentó en el sillón de mando y se colocó la coraza antichoque. Pulsó el botón de comprobación y la luz verde que se encendió le indicó que todos los instrumentos estaban en perfecto orden.

—Lista para el despegue —anunció.

—Puede zarpar —le contestaron.

El navío arrancó, suavemente al principio, con aparentes

dificultades, pero convertido en una lanza de fuego a los pocos minutos.

Lisa salió al espacio. Estabilizó la velocidad del aparato, situándola en posición de incremento pre impulsión superespacial y se despojó de la coraza.

Un mecanismo especial, una vez en vuelo, suprimía los efectos de la constante aceleración. Lisa pudo moverse con plena libertad.

El sobre estaba encima de una mesa. Lisa lo rasgó y extrajo unos cuantos papeles de su interior.

Eran las normas de vuelo, que debía seguir para su aproximación al objetivo asignado. Dejándolas a un lado, Lisa tomó otro papel en el que se le explicaba la misión que debía cumplimentar:

> *Agente n.° 310 del Servicio, Rod Galby, informó su proximidad a Xotil II, planeta susceptible colonización. Detectó gérmenes desconocidos y anunció su intención de investigar.*
>
> *Una vez en tierra, se encontró con unos seres de forma extraña, descritos, pero no fotografiados, en hoja de instrucciones n.° 4. Dichos seres poseen ciertas cualidades de sugestión telepáticas, por lo que deberá tomar medidas en consecuencia.*
>
> *A continuación, fue atacado. Consiguió refugiarse en su nave, pero no ha logrado despegar. Ayúdele a liberarse e investiguen.*

—De modo que es el infalible Galby el que ahora se ha metido en un aprieto.

Una ligera sonrisa distendió los jugosos labios de Lisa. Le agradaría ayudar al pétreo Galby.

Recordaba que había admitido ser capaz de cometer errores, como todo el mundo. Pero lo había dicho en un tonillo de cierta superioridad, como si tratara de convencerla que él no incurría nunca en equivocaciones.

—Resultaría interesante luchar contra esos monstruos —dijo, tras

unos segundos de reflexión.

Y luego buscó la hoja número 4. Era preciso conocer, siquiera fuese descriptivamente, cómo eran aquellos seres.

* * *

Lanzando un suspiro de resignación, Rod Galby retiró la sartén y puso los huevos recién fritos sobre un plato.

Los alimentos naturales eran una de las ventajas de que gozaba un Analista. Pero ello, en los actuales momentos, no le compensaba en modo alguno.

Estaba bloqueado. Cada vez que intentaba despegar, una fuerza desconocida se lo había impedido.

No podía ver nada de lo que había en el exterior. Todas las ventanillas estaban tapadas por una masa grisácea que ocultaba la luz exterior por completo y se agitaba y burbujeaba siniestramente.

Una vez había intentado lanzar una sonda a través de la masa de monstruos que envolvía la nave. Los resultados no habían podido ser más descorazonadores.

El espesor de la masa sitiadora alcanzaba kilómetros. Galby se preguntaba cómo la nave no había cedido ya bajo aquella inmensa pesantez.

Y lo peor de todo era que las comunicaciones estaban interceptadas.

La radio no funcionaba, ni siquiera el canal hiperespacial. Las emisiones eran automáticamente interferidas por la masa de monstruos que le envolvían.

Por fortuna, la nave estaba acondicionada para resistir un año y más sin necesitar aprovisionamiento de ninguna clase. Galby confiaba en recibir socorros antes de que se cumpliese un plazo tan largo.

Filosóficamente, consumió su desayuno. Lo malo era, se dijo, que no podía tirar los desperdicios por el vertedero.

Una vez lo había intentado. Pronto aprendió a no hacerlo más, cuando recordó que un vertedero, por muchas compuertas protectoras que pudiera tener, no era más que un orificio que comunicaba la nave con el exterior... y se lo recordaron un par de tentáculos que entraron en la nave, pese a todos los obstáculos, y estuvieron a punto de atraparle.

Las cuchillas trituradoras de desperdicios destrozaron los tentáculos, parte de los cuales quedaron en el interior. Para matar el aburrimiento, decidió practicar una disección anatómica de los fragmentos de tentáculos que habían quedado dentro de la nave.

Se llevó una gran sorpresa. Pertenecían a un organismo unicelular.

Ello le preocupó notablemente. Era la primera vez que se encontraba con un caso semejante. Nunca había visto un ser unicelular de tan gran tamaño.

Pero le era imposible averiguar más detalles. Para conocer mejor la anatomía de aquellos extraños monstruos, hubiera debido salir al exterior y ello significaba una muerte segura.

Más le preocupó el deshacerse de los restos de los tentáculos, que se corrompieron con gran rapidez. Tuvo que encerrarlos en una lata, que soldó herméticamente, con ayuda de las herramientas de emergencia. No podía hacer otra cosa.

Salvo esperar.

Pero los socorros tardaban en llegar. Había pasado ya una semana desde que se encerrase en la nave, huyendo del asedio de los monstruos. Le parecía extraña una tan grande demora.

Terminó de desayunar. El lavado de los platos y cubiertos, así como el aseo personal, estaba convirtiéndose en un problema cuya gravedad se acentuaba de día en día.

De pronto, notó algo raro en una de las lucernas.

Se acercó y examinó el vidrio con toda atención.

Sus preocupaciones crecieron. Había allí un sector deslustrado, que no había estado antes.

Tardó algunos minutos en comprender la verdad. Cuando al fin la luz llegó a su cerebro, los cabellos se le pusieron de punta.

El trozo deslustrado indicaba una cosa con meridiana claridad: los monstruos, segregando ciertos desconocidos jugos, estaban corroyendo un vidrio especial, inatacable por todo ácido conocido y capaz de resistir altísimas temperaturas.

Si sus sitiadores lograban abrir una brecha, por pequeña que fuera, su suerte estaba echada.

Jary Gaspar tenía en su despacho un tablero con todos los números de los agentes, en rojo sobre fondo blanco. Algunos de ellos estaban cubiertos por un parche negro, que indicaba su baja del

Servicio.

Baja por muerte.

¿Pondría Gaspar un parche negro sobre el número 310?

VI

Cautelosamente, con los ojos fijos en los detectores más que en la superficie de Xotil II, Lisa Einez sobrevoló el planeta, describiendo una órbita circular muy baja, a menos de cincuenta kilómetros de altura.

No había el menor rastro de la nave número 310. Lisa se preguntó si le habría sucedido lo mismo que a la suya cuando cayó prisionera en Afro XI.

El detector de gérmenes soltó de pronto un «bip» muy agudo. Lisa fijó la situación en el marcador de posiciones relativas.

Los «bips» se atenuaron cuando la nave se alejó de aquel lugar. Lisa circunvoló de nuevo el planeta y detuvo el aparato sobre el sitio donde los pitidos resonaban más fuertes.

A cuarenta kilómetros del suelo, usó el telescopio en su máximo aumento.

—¡Qué raro! —comentó.

Seguía sin ver el menor rastro de la nave de Galby.

De pronto, la suya descendió perpendicularmente, como si le hubiesen fallado los frenos de chorro.

El suelo se acercó con inusitada rapidez. Detalles no relevados hasta entonces aparecieron en la pantalla del telescopio.

Durante unos segundos, Lisa divisó una extraña aglomeración de seres de forma más o menos globular, dotados de tentáculos. Inmediatamente, sin embargo, disparó una esfera de energía y el descenso no sólo se contuvo, sino que la nave empezó a subir de nuevo.

La velocidad de ascenso era algo terrible. Y, más que terrible, incomprensible.

Lisa apartó la esfera protectora. De nuevo se inició aquel vertiginoso descenso en vertical.

Volvió a ver la masa globular y volvió a subir por segunda vez. Ahora, con más tranquilidad, observó los detalles circundantes.

Le pareció ver un ligero temblor en la atmósfera, como si en un sector de la misma, de forma aproximadamente triangular, estuviese enturbiada.

La forma triangular no era sino un efecto de perspectiva. Algo

hacía que la atmósfera perdiese una pequeña parte de su transparencia. De haberse tratado de un foco luminoso, el haz de luz habría tenido la misma forma, observado desde la nave.

Lisa comprendió que el origen de aquellos extraños movimientos de la nave estaba en el vértice del foco. Ignoraba qué o quién lo producía, pero una cosa había segura: no estaba dispuesta a que se repitiera.

Se elevó treinta kilómetros más y disparó una bola de energía. Era diminuta, apenas mayor que una pelota de tenis, pero estalló con una fuerza de decenas de megavoltios, produciendo un pequeño sol durante una décima de segundo.

El fenómeno atmosférico desapareció. Lisa emprendió de nuevo el descenso.

Poco después, pudo ver con toda claridad la nave de Galby.

—Habla el Analista número 1.219. Responda, número 310 —llamó.

—Analista 310, al habla. Hola, Analista 1.219. Estoy bien. Gracias por su socorro. Los seres globulosos han desaparecido.

Lisa rio jubilosamente. Se sorprendió de oír su propia risa.

—No me extraña que los seres globulosos hayan desaparecido —contestó—. Mire a través de sus lucernas y dígame lo que ve, Galby.

Lisa oyó una exclamación de asombro.

—¡Es increíble! Pero...

—Póngase el traje sanitario y salga fuera. Nos reuniremos apenas haya tomado tierra —dijo la muchacha.

—Está bien —contestó Galby. Y añadió—: He visto muchas cosas raras, pero ésta supera a todas, Einez.

—No me extraña —volvió a reír ella—. Hasta luego.

Una hora después, se reunieron en el suelo.

—Me gustaría estrecharle la mano, Einez —dijo Galby—. Sin guantes, claro.

—Se lo permitiré, cuando estemos a bordo de mi nave —contestó Lisa—. ¿Cómo se encuentra?

—Empiezo a reaccionar. No había tales monstruos; eran los gérmenes desconocidos.

—Efectivamente. Usted cayó bajo el campo de acción de la máquina reductora de tamaño y se convirtió en un ser aún más pequeño que esas bacterias —aclaró Lisa.

—Sí, y los árboles que veía no eran sino minúsculas vellosidades del pequeño tallo de hierba en que había aterrizado. Me parecían medir más de veinte metros de altura.

—Posiblemente, en su tamaño natural, no medirán ni una centésima de milímetro —dijo ella—. Las bacterias, naturalmente, serán aún mucho más pequeñas.

—Esto explica muchas cosas: el silencio de la radio, la masa de gérmenes que envolvía mi aparato...

—El cual deberemos destruir de inmediato. No podemos hacerle viajar por el espacio con algunos gérmenes adheridos al exterior de su casco.

Galby lanzó un suspiro.

—Lástima —dijo—. Hace ya diez años que lo uso.

—Pero hay que hacerlo.

—Sí —convino él pesarosamente. Sonrió bajo la espesa mirilla del traje sanitario—. Ahora le toca a usted dar las órdenes.

—Sólo para esta circunstancia —contestó Lisa—. No obstante, deberemos tomar algunas muestras de la hierba. En ella quedarán suficientes gérmenes como para ser analizados en los laboratorios del S.A.P.

Galby miró en torno suyo. El bosque tenía ahora un aspecto casi terrestre.

La hierba era corta; los tallos medían entre quince y veinte centímetros de longitud, por medio de anchura máxima.

—Es una experiencia terrible sentirse disminuido de tamaño hasta la milésima de milímetro —dijo—. Por eso notaba yo esa tremenda velocidad de descenso.

—También a mí me sucedió lo mismo, aunque tuve la fortuna de escapar a la acción de la reductora.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Galby.

—Disparando una esfera de energía...

Lisa explicó lo que había hecho. Galby movió la cabeza aprobatoriamente.

—A mí no se me ocurrió eso —confesó Galby melancólicamente —. Sólo pensé en un fallo accidental de los chorros... o quizá provocado, pero como aterricé casi en seguida, ya no tuve tiempo de seguir investigando más.

—¿Cómo escapó de los gérmenes que le sitiaban?

—Usé la pistola radiante. Resultó bastante efectiva con los primeros y me permitió volver a la nave, pero no salir ya. Había demasiados, ¿comprende?

—Desde luego. ¿Ha reconocido usted, ahora que los ha visto desde un tamaño inferior, la clase de los gérmenes?

Galby movió la cabeza.

—No; resultaban absolutamente nuevos para mí —contestó.

Lisa se mordió los labios.

—Cuando yo fui hecha prisionera, también había detectado gérmenes desconocidos en Afro XI. ¿No le parece extraña semejante coincidencia?

—Ahora, después de lo que ha pasado ya, no tanto —respondió Galby.

—¿Por qué?

—¿Recuerda usted que le dije que memorizase las indicaciones de la cinta programadora de su nave, antes de destruirla, en Afro XI?

—Sí, desde luego.

—La nave que recobramos y luego destruimos llevaba un rumbo de ascensión recta, sin objetivo final señalado. No obstante, de haber permitido que Harrian continuase a su bordo, habría terminado por aterrizar en Xotil II.

* * *

Las muestras con los gérmenes estaban debidamente aseguradas, en la cámara especial que toda nave Analista tenía montada.

—Es la primera vez que me encuentro con una máquina reductora de tamaño a distancia —comentó Galby.

—Ahora vamos a ver qué ha quedado de ella —contestó Lisa.

Elevó el aparato en el espacio. Una vez a distancia suficiente, disparó una bola de energía de cincuenta megavoltios.

—¡Adiós, 310! —dijo Galby melancólicamente, al ver el chispazo indicador de la destrucción de su nave.

—No lo hago como desquite —se excusó Lisa.

—Lo sé. —Galby sonrió ligeramente—. Era preciso, no se mortifique más.

Lisa orientó la nave hacia el punto donde había visto iniciarse la acción de la máquina reductora de tamaños.

—¿Qué opina usted de los gérmenes con cualidades telepáticas?

—preguntó, mientras navegaban a marcha moderada.

—No lo sé —respondió Galby, profundamente pensativo—. Sería cuestión de conocer sus efectos en un ser humano.

—Yo no me arriesgaría a sufrir la experiencia, Galby.

—Tampoco yo —dijo él.

Desde el aire, vieron el círculo negruzco que indicaba el lugar de la explosión.

—No queda el menor rastro. ¿Investigamos? —sugirió Lisa.

—Por supuesto.

Una vez más, hubieron de pasar por el inevitable y engorroso trance de embutirse en los trajes sanitarios.

—Llevaremos pistolas radiantes —aconsejó Galby.

Salieron fuera de la nave. El suelo estaba quemado en una extensión de miles de metros cuadrados.

El círculo tenía un diámetro casi trescientos metros. En el centro se veían los restos retorcidos y ennegrecidos de algo que parecía una antena de radio hiperespacial, con su rejilla direccional.

Galby y Lisa estudiaron atentamente los restos metálicos e impresionaron unas cuantas fotografías. Galby se dio cuenta, además, de otro detalle.

—La antena sobresale de unas instalaciones internas, muy bien aisladas térmicamente, lo cual ha impedido su detección desde el espacio. Hemos de encontrar la entrada —dijo.

Lisa asintió, mientras echaba una mirada al cielo.

—El sol de Xotil II está a punto de ponerse —manifestó—. Opino que deberíamos dejar la exploración para mañana. Hay que traer un detector de eco y una perforadora portátil y perderíamos demasiado tiempo si lo hiciésemos hoy.

—De acuerdo.

En la nave, Lisa se dispuso a preparar la cena.

—Soy el anfitrión —dijo, sonriendo deliciosamente.

—No puedo oponerme a ello —contestó Galby.

Observó en silencio a la muchacha. La aparente reciedumbre física de su cuerpo quedaba contrarrestada por su elevada estatura y la finura de sus líneas. Era ancha de hombros, de senos generosos y amplias caderas, pero estos defectos, que en otra mujer habrían resultado desastrosos desde el punto de vista estético, se borraban viéndola moverse y, más todavía, por su esbeltez debida a su altura.

—He conocido a algunas mujeres Analistas —dijo Galby al cabo de un rato—. Sin ánimo de halagarla, le diré que ninguna tan hermosa como usted. La mayoría eran más bien feas, dicha sea la verdad.

—Mi padre quiso siempre ser Analista. No logró ingresar en el S.A.P.; le resultó imposible superar las pruebas.

—Debió de ser un golpe terrible para él.

—Me lo imagino. Nunca hablamos mucho sobre el asunto; tuvo que contentarse con ser capitán de astronave. Pero no gozaba de la independencia de un Analista.

—Es una independencia relativa, Einez.

—Sí —convino ella—, pero un capitán de astronave aún tiene menos. Supongo —añadió Lisa—, que fue debido a su fracaso por lo que yo quise ser Analista.

—Y lo consiguió.

Lisa empezó a poner los platos sobre la mesa.

—Quise ver si valía la pena —dijo.

—¿Y lo ha averiguado ya?

Ella le dirigió una honda mirada.

—Estoy averiguándolo —contestó.

—Cuando nos despedimos, después de su rescate, pensé que no volvería a verla jamás.

—Estuvo a punto de ocurrir. Presenté mi dimisión.

Galby enarcó las cejas.

—Casi es la primera vez que oigo una cosa semejante —comentó.

—Lo mismo me dijo el director del Servicio. Pero me forzó a tomarme dos semanas para reflexionar.

—¿Y...?

—A los doce días recibí orden de partir para rescatarle a usted.

—¿Había reconsiderado su decisión?

Lisa sonrió.

—No me dejaron opinar. Simplemente, me dieron orden de presentarme en el astropuerto... y entonces estuve a punto de ser secuestrada por segunda vez.

—¡Vaya! —resopló Galby.

Lisa le explicó las circunstancias de la fallida tentativa de secuestro.

—Lo encuentro extraño —comentó Galby, cuando ella hubo

terminado su relato—. Da sensación de una especie de conspiración, ¿no cree?

—Algo debe de ocurrir al respecto —dijo ella—. Yo fui secuestrada y usted acudió a rescatarme. Harrian dijo que mi nave había sido desguazada, pero luego apareció tripulándola, junto con unos cuantos individuos, sin rumbo definido al parecer, pero dirigiéndose a Xotil II, por lo que hemos podido apreciar.

»Usted vino a investigar y se encontró de repente reducido a un tamaño de una milésima de milímetro y a punto de morir. ¿Qué es todo esto y qué hay en Xotil II, Galby?

El Analista hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé a ciencia cierta —manifestó—. Pero muchas de sus preguntas, que, en el fondo, coinciden con las mías, tendrán su debida respuesta mañana.

—Cuando hayamos explorado el lugar donde hizo explosión la esfera de energía.

—Justamente.

Lisa movió la cabeza.

—Parece una conspiración de altos vuelos —dijo—. Ojalá me equivoque, pero todavía sigue pesando en mí algo común a todas las mujeres, a través de los siglos y cualquiera que sea la época en que hayan vivido. Es algo que ha motivado muchas burlas…

Galby sonrió.

—La intuición femenina —dijo.

—Sí. Y Harrian, aunque no es el cerebro rector de esta conspiración, sí es uno de sus más caracterizados protagonistas.

—Si descubrimos algo delictivo, se le puede procesar.

—Usted no tiene autoridad para efectuar ningún arresto; sólo puede informar. El resto compete al Consejo General.

—Que sentará la mano a Harrian, a sus jefes y a sus cómplices y subordinados —dijo Galby duramente. Consultó su reloj—. Es hora de descansar; mañana hemos de empezar el trabajo muy temprano.

Cuando Lisa se levantó, a la mañana siguiente, se encontró con que Galby ya tenía todo dispuesto.

—Es usted muy madrugador —observó ella, sonriendo.

—Tenemos trabajo —contestó Galby lacónicamente.

Desayunaron con rapidez y luego realizaron el inevitable y tedioso proceso de colocarse los trajes sanitarios, debajo de los

cuales no podían llevar ninguna clase de ropa.

El interior de dichos trajes era lo bastante suave como para que la epidermis no sufriese el roce. Una vez equipados, Galby entregó a la muchacha el detector de eco y él cargó con la perforadora portátil.

—He puesto en la mochila unos cuantos explosivos —dijo—. Podríamos necesitarlos.

—Está bien. ¿Vamos?

—Adelante.

Galby pulsó el mando de apertura y la compuerta externa empezó a girar sobre sus goznes.

VII

Caminaban lentamente, deteniéndose de cuando en cuando. Lisa llevaba el detector de eco y observaba atentamente las indicaciones de sus esferas de control.

—Por ahora parece que el subsuelo es macizo —dijo, tras un buen rato de observación.

—Esa antena proyectora de fuerzas de reducción de tamaño no funcionaba sola —contestó él—. No hay edificios en el exterior, así que el puesto de control tiene que estar en el int...

—Un momento —dijo Lisa de pronto.

Una lámpara de color ámbar oscilaba con fuerza en el detector. Galby miró por encima del hombre de Lisa.

—Camine media docena de pasos a su derecha —aconsejó.

Lisa obedeció. Las indicaciones del detector se hicieron fuertes y seguidas.

Lisa presionó un botón y una especie de aguja larga y brillante, salió del fondo de la caja. Ayudada por Galby, introdujo la aguja en el suelo y manejó una de las ruedas de control.

Una de las agujas señaló la cifra cinco.

—A cinco metros hay un hueco —dijo ella.

—Está oculto por los escombros de la explosión —contestó Galby, observando el lugar en que se hallaban.

—¿Quiere decir que el estallido cegó la entrada del subterráneo?

—Ni más ni menos. La intuición femenina va dando sus frutos. Hay un subterráneo y, como todo subterráneo originado por la mano del hombre, tiene una entrada. Póngase a mi izquierda, por favor.

Lisa se apartó. Galby dejó la perforadora en el suelo y sacó una antena, cuya rejilla orientó en dirección a la planta de energía solar de la nave.

Desenrolló un cable de bastantes metros de longitud y empalmó un extremo a la perforadora y el otro al trépano, en cuyo vástago colocó una broca de quince centímetros de diámetro. Luego observó la dirección del viento y se colocó en la posición adecuada.

Empezó a perforar. El trépano giraba a una enorme velocidad, del orden de varias decenas de miles de revoluciones por minuto. Literalmente, pulverizaba la tierra y arrojaba el resultado a lo alto.

La ligera brisa que soplaba transportaba fácilmente las nubes de finísimo polvo causadas por el funcionamiento de la perforadora.

Galby tenía que manejar el aparato con sumo cuidado. De haberlo deseado, podría haber perforado un muro con la velocidad de un hombre a la carrera. Describió un amplio círculo, ahondando cada vez más y más, pero practicando al mismo tiempo una especie de peldaño circular, con objeto de poder mantenerse siempre a un nivel ligeramente superior al de la broca.

Media hora después, había cavado un hoyo de una docena de metros de diámetro superior, por cuatro y medio de profundidad. El hoyo tenía forma de embudo y su diámetro, en el fondo, era de un par de metros.

Un escalón quedó de repente al descubierto.

Lisa había ido descendiendo con Galby a medida que avanzaba la perforación. Una vez que se alcanzó el primer metro de profundidad, Lisa había conectado la manguera expulsora a la broca y el polvo era lanzado fuera del hoyo.

Galby manejó cautelosamente la perforadora. Ahondó otro metro y, por fin, la entrada al subterráneo quedó completamente al descubierto.

Era un túnel inclinado, con la anchura suficiente para dar paso a dos personas a la vez. Estaba a oscuras y Galby sacó una potente lámpara, que manejó con la mano izquierda, mientras empuñaba con la otra su pistola radiante.

La escalera se hundía en el seno de la tierra. Descendieron durante cinco minutos, al cabo de los cuales vieron que el túnel adoptaba un trazado horizontal.

Galby exploró la entrada del túnel. Descubrió un interruptor y lo puso en funcionamiento.

Las luces se encendieron. El túnel se ensanchaba más a pocos pasos de distancia; ahora ya tenía tres metros de alto por cuatro de anchura.

Vieron el primer cadáver segundos después; era un montón de carne carbonizada por la explosión de la esfera de energía.

Había tres cadáveres más, en una sala de control, cuyos aparatos estaban ennegrecidos y chamuscados por la explosión. Las pantallas visoras, conectadas por medio de periscopios con la superficie, habían estallado.

—Éstos eran los operarios de la reductora de tamaño —dijo Galby.

De pronto, vio que Lisa vacilaba y la cogió por un brazo.

—Salgamos fuera —dijo, comprendiendo lo que le sucedía a la muchacha.

Realmente, el aspecto de los cadáveres era horrible.

Lisa sacudió la cabeza.

—Ha sido la primera impresión —dijo—. Sigamos.

Abandonaron la sala de control. Poco más adelante, se encontraron con una puerta blindada, dotada, sin embargo, de una mirilla de vidrio, que permitía ver lo que había al otro lado de la misma.

—Mire —dijo Galby, tras haber arrojado el primer vistazo.

Lisa, ya más recuperada, obedeció. Inmediatamente, dio un paso atrás.

—¿Qué es eso? —exclamó, con voz aterrada.

—No lo sé —contestó él—, pero me da la sensación de que esos hombres están sometidos a la acción de los gérmenes telepáticos.

Volvió a mirar.

Tras la puerta blindada, había una vasta habitación, con seis lechos, en cada uno de los cuales había tendido un individuo, con los ojos muy abiertos, fijos en el techo y en apariencia inmóviles, aunque sus cuerpos eran recorridos de cuando en cuando por ligeros estremecimientos de carácter casi tetánico. Sus cuerpos se arqueaban un instante y luego volvían a inmovilizarse. Estaban quietos cosa de treinta segundos y, pasado ese tiempo, las sacudidas se producían de nuevo.

Sin embargo, los movimientos no eran nunca los mismos. Unas veces alzaban un brazo, rígido desde el hombro a la punta de los dedos; otras movían el cuello, como si quisieran hundir la barbilla en el pecho; en ocasiones alzaban una pierna, pero el movimiento más frecuente era el arqueamiento hacia arriba de la columna vertebral.

Galby divisó a la derecha de la puerta un pequeño cuadro de instrumentos, que le pareció el mecanismo de apertura.

—¿Entramos? —sugirió Lisa.

El Analista negó con un leve gesto.

—No. Esto es cosa de los expertos. Hay seis hombres al otro lado

de la puerta y desconocemos cuál puede ser su reacción si cruzamos la entrada. Con uno me atrevería a luchar; con seis…, no es que tenga miedo, pero me gusta observar siempre un mínimo de precauciones.

—Entonces ¿qué es lo que piensa hacer?

—Ponerme en contacto con Gaspar por radio hiperespacial. Él decidirá.

—¿No se morirán de hambre mientras?

Galby le dijo que mirase de nuevo.

—Sobre cada lecho —señaló— veo una especie de depósito, conectado por medio de un tubo de goma a la nariz del paciente y con la suficiente flexibilidad para no impedirle cualquier movimiento brusco.

—Lo veo, y también una esfera que parece la de un reloj.

—Indudablemente, un marcador de tiempos. Periódicamente, el aparato entra en funcionamiento y envía una dosis de alimento líquido al estómago del paciente.

Galby sacudió la cabeza.

—Diría que esos hombres están en período de incubación.

—¿De qué enfermedad? —preguntó Lisa.

Galby se volvió hacia ella.

—Desconozco aún su nombre, pero no me extrañaría en modo alguno que estuviese originada por esos gérmenes telepáticos.

Lisa se estremeció.

—Es horrible —murmuró—. Jamás había oído hablar de unos gérmenes con inteligencia.

—Probablemente, no se trata más que de una especie de instinto que le hace actuar solamente en determinada dirección. Pero aunque un Analista posee una gran cantidad de conocimientos científicos, hay personas en el S.A.P. que pueden estudiar y resolver el caso aún mejor que nosotros. Así que vamos a enviar un mensaje a Gaspar y él resolverá.

Lisa reconoció que era lo mejor que podían hacer.

* * *

Jary Gaspar dijo:

—Nuestros biólogos están trabajando ya en el caso, pero es posible hacer una anticipación sobre sus resultadas.

»Los seis hombres que encontraron en Xotil II eran, simplemente, unos cobayas humanos. Uno de ellos se ha recuperado ya y, su estado es magnífico, salvo por una cosa: posee unas cualidades telepáticas fenomenales.

»Ustedes ro ignoran que en el SA.P. tenemos toda clase de aparatos de control de cualquier peculiaridad física y psíquica del ser humano. Pues bien, el detector de telepatía, usado con ese individuo, ha dado la máxima marcación… y se ha quedado corto. Quiero decir, que la aguja señaló el máximo, porque no había más cifras en la esfera correspondiente.

»El director de la investigación ha emitido una opinión, a punto de confirmarse, con la cual estoy de acuerdo. Cualquier hombre puede convertirse en un telépata, una vez le ha sido inoculada una dosis de gérmenes telépatas, que actúan sobre su cerebro, confiriéndole una hipersensibilidad como no se ha conocido hasta ahora. Con qué objeto hicieron tal cosa los de Afro XI, es algo que, por ahora, no tengo la menor idea.

Galby y Lisa se consultaron con la vista durante unos momentos.

Habían pasado dos semanas desde su regreso de Xotil II, después de que un nutridísimo equipo médico hubo rescatado a los seis pacientes. Las exploraciones subsiguientes habían dado un resultado negativo en lo referente a encontrar otros humanos con vida en el planeta.

Gaspar aparecía sumamente preocupado.

—Los habitantes de Afro XI —continuó, tras una breve pausa— están planeando algo. No tengo la menor idea de lo que puede ocurrir, pero algo ocurrirá… y, posiblemente, nada beneficioso para la Galaxia, si no averiguamos pronto sus intenciones.

—Y ¿qué podemos hacer nosotros? —preguntó Lisa.

—Ustedes, por el momento, nada —respondió el director del S.A.P.—. Han trabajado dura y arriesgadamente en los últimos tiempos. Tómense dos semanas de vacaciones y hablaremos al término de las mismas. Nosotros seguiremos ocupándonos del asunto.

—Lo que nunca he podido entender yo es por qué me redujeron de tamaño —dijo Galby.

—Lo averiguaremos —contestó Gaspar con voz firme—. Ahora váyanse y descansen. Se lo tienen bien merecido.

Galby y Lisa abandonaron el despacho.

—Descansaremos, pues —dijo el primero, sonriendo.

Ella le tendió una mano.

—¿Volveremos a operar juntos? —preguntó.

—Nuestro caso ha sido un tanto extraño —contestó él—. Es raro que dos Analistas actúen juntos, por lo que no creo vuelva a repetirse. Sin embargo…

Lisa le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Por qué no continúa, Galby?

—Einez, me gustaría saber dónde vive —manifestó él sorprendentemente.

—¿Por qué? —se extrañó la muchacha.

—Bueno, de este modo, en el futuro, cuando vuelva de uno de mis viajes por el espacio, podré enterarme si usted está aquí… y entonces pedirle permiso para visitarla.

Lisa sonrió.

—No me lo pida; lo tiene ya concedido, Galby. —Le dio su dirección y añadió—: Cuando vuelva de uno de sus viajes, entérese en el S.A.P. si yo estoy aquí. Entonces, sin más, venga a verme.

—Lo haré —prometió él.

* * *

Con un suspiro de resignación, Rod Galby abrió la puerta y penetró en el pequeño apartamiento en que residía en la capital, cuando no estaba en alguna misión.

Las dos semanas de vacaciones habían transcurrido con más rapidez de la esperada. Tenía el rostro tostado y su cara, tras el relajamiento de los días sin hacer nada, aliviado su ánimo de la constante tensión de los últimos tiempos, había adquirido una expresión menos reservada.

Cruzó el umbral. Apenas lo había hecho, antes de encender la luz, notó la presencia de un extraño en el apartamiento.

Era una sensación de contacto casi físico, aun no tocando al intruso, como una especie de aura invisible que presionaba de un modo singular contra su cara y su pecho.

Retrocedió un paso y dio la luz. Entonces vio al hombre.

Era joven y robusto y tenía en la mano una especie de pistola de cañón muy delgado.

Galby reconoció en el acto la clase de pistola; era el moderno sustitutivo de la jeringuilla de inyecciones.

El hombre disparó una vez, pero el proyectil no encontró su blanco; Galby se había ladeado y la aguja que debía penetrar bajo su piel se clavó en la pared.

El hombre quiso disparar de nuevo, pero una silla le golpeó en las piernas, derribándole al suelo. La pistola se escapó de sus manos.

Galby se enderezó de un salto y corrió hacia el individuo, que ya empezaba a levantarse. Disparó su puño y el hombre cayó hacia atrás.

Galby corrió hacia el cuarto de baño y regresó en el acto con un pulverizador de desinfectante. Buscó la aguja y la encontró clavada en la madera del quicio de la puerta.

Roció con el desinfectante un área de varios decímetros cuadrados en torno a la aguja. Volvió al cuarto de baño y regresó con una jarra de agua y un frasquito de alcohol, y un buen pedazo de algodón.

Con el algodón empapó bien la madera, en el sector afectado por la aguja. Luego prendió fuego al alcohol y esperó unos minutos, hasta que vio que la madera corría riesgo de incendiarse. Entonces apagó el fuego con el contenido de la jarra.

Seguro de haber aniquilado los gérmenes, dejó todo y se inclinó sobre el intruso, cuyas ropas registró cuidadosamente. El hombre, sin sentido todavía, no protestó.

La documentación era de tipo corriente y no decía nada de particular. Galby, sin embargo, encontró, en un trozo de papel, unas cifras escritas, que le intrigaron momentáneamente, hasta que descubrió que eran las coordenadas de un planeta.

La pistola seguía tirada en el suelo. Galby la recogió, envolviéndola cuidadosamente en una bolsa de plástico, cuya boca cerró de modo hermético. Vio que el intruso se removía y buscó lo necesario para atarle.

A continuación, llamó a Gaspar.

Cuando el caso tenía carácter de suma urgencia, siempre había un agente del S.A.P. que conocía el paradero actual de su director. Gaspar no protestaba nunca por las posibles molestias que ello pudiera originarle; nunca le llamaban a deshoras si no se trataba de algo verdaderamente urgente.

Tras algunos minutos de espera, Galby pudo ponerse al fin en contacto con su director. Gaspar escuchó con suma atención el relato que le hizo el joven de lo ocurrido y, cuando Galby hubo terminado, le dio una orden:

—Tráigase al prisionero. Le espero en la Central.

—Muy bien, director.

VIII

A duras penas podía Galby dominar su impaciencia. Le pareció que llevaba un siglo esperando en el antedespacho cuando la secretaria le dijo que podía pasar al despacho de Gaspar.

Con gran sorpresa suya, se encontró allí con Lisa Einez.

—Hola —saludó.

Lisa le dirigió una cálida sonrisa.

—Celebro verle, Galby —contestó.

—El placer es mutuo —dijo él. Luego miró a Gaspar—. ¿Cómo está, director?

—Infernalmente preocupado —manifestó el aludido—. Tengo algo para ustedes dos.

—¿Una misión? —preguntó Galby.

—Sí. Conjunta. Puesto que, de un modo u otro, se han relacionado con este caso desde el principio, voy a hacer algo que no es usual en el Servicio: asignarles la misma misión a los dos. Ciertamente, no es la primera vez que dos Analistas actúan juntos, aunque lo más conveniente es la actuación individual, pero el caso presente es diferente a los demás. Y muchísimo más complicado y peligroso.

—¿De qué se trata? —preguntó Galby.

—¿Recuerda las coordenadas que encontró en las ropas de su atacante?

—Por supuesto. Pertenecen a Kawr VI.

—Bien, tienen que ir allí e investigar. Con plenos poderes —dijo Gaspar significativamente.

—Entendido. ¿Qué han dicho los biólogos del prisionero?

—Tiene el cuerpo saturado de gérmenes telépatas. El mismo es un súper telépata, si es que se puede emplear una expresión semejante.

—¿Han anulado sus facultades telepáticas?

—Creemos que sí, aunque no estamos seguros de ello. Todavía hay más.

Gaspar miró a la pareja un segundo antes de proseguir:

—Dupré, el Analista número 934, estaba realizando una misión de rutina acerca de Kawr VI. Ha desaparecido.

—Y tenemos que encontrarlo —habló Lisa.

Gaspar meneó la cabeza.

—Dudo mucho de que lo consigan. Los informes del Centro de Control indican que su nave ha saltado en mil pedazos.

—¿Un torpedo de energía? —sugirió Galby.

Era la única clase de armas que podían destruir una nave del S.A.P.

El director les enseñó las palmas de las manos vacías.

—Lo ignoro —contestó—. Pero estoy empezando a darme cuenta de que nos enfrentamos con una de las más peligrosas amenazas que haya sufrido jamás la paz de la Galaxia.

»Ignoro qué relación tienen entre sí el secuestro de Einez, el incidente de Xotil II y la desaparición de Dupré. Parecen cosas diferentes, pero, en mi opinión, tienen un nexo común, un lazo de unión que es preciso hallar. A ustedes les compete llevar a buen fin esta misión —concluyó el director.

Galby reflexionó durante unos instantes. Lisa le contemplaba con suma atención.

—Está bien —dijo el Analista al cabo—. Creo que saldremos adelante. Sin embargo, me agradaría conocer los últimos informes de mi colega Dupré.

—Están en la sección correspondiente. Allí se los facilitarán —contestó Gaspar.

Galby se puso en pie.

—Entonces no hay más que hablar. ¿Vamos, Einez?

Lisa se incorporó también. Gaspar dijo simplemente:

—Suerte.

—Gracias, señor —contestó la muchacha.

Galby se echó a un lado para que ella pudiera pasar. Lisa agradeció el gesto con una sonrisa, pese a que por el rango, Galby debía haber salido el primero.

Momentos después, estaban en la sección de archivos.

Una empleada les llevó a una sala, amueblada solamente con media docena de butacas, frente a una pequeña pantalla de proyección. Galby y Lisa tomaron asiento y la empleada les facilitó el mando de dirección del proyector.

Los informes del viaje de Dupré empezaron a desfilar por la pantalla, junto con numerosas fotografías tomadas durante el

mismo. El brazo derecho de cada butaca tenía una pequeña extensión para apoyar en él un bloc de notas y escribir datos necesarios.

De pronto, Galby lanzó una exclamación:

—¡Qué raro!

—¿Encuentra raro el informe sobre Nilles XXXIII? —preguntó Lisa.

—Es una extracción de metales demasiado voluminosa para no sentir extrañeza —contestó él. Tomó unas notas y añadió—: Investigaremos.

—Nilles XXXIII está muy alejado de Kawr VI —alegó la muchacha.

—No importa. Tenemos tiempo de sobra. Continuaron todavía durante algunos minutos. A poco, Galby juzgó que ya tenía bastante con lo que había visto.

Lisa se manifestó también dispuesta.

—No es mucho lo que hemos averiguado, pero puede sernos de utilidad —comentó, mientras se levantaba.

* * *

La astronave parecía absolutamente inmóvil.

Sin embargo, se hallaba sumergida en aquel sector en que nada, en apariencia, existía: el hiperespacio, y volaba a velocidades aterradoras, decenas de veces superiores a la de la luz.

Los instrumentos funcionaban automáticamente. De cuando en cuando se oía algún «clic» procedente de un engranaje que entraba en funcionamiento o un mecanismo que se desconectaba. Por lo demás, el silencio era absoluto.

Después de largas horas de permanencia en la grisácea penumbra del hiperespacio, la salida al espacio normal se produjo de una forma repentina. La aparición de las estrellas dio la sensación de un estallido de luz y color inigualables.

Galby consultó los instrumentos de situación.

—Hemos salido al espacio normal en el punto exacto —dijo.

—Una buena labor —aprobó Lisa, poniéndose en pie—. ¿Quiere café?

—Una taza, por favor.

Galby continuó examinando los instrumentos, a medida que se

acercaban a Kawr VI. Lisa le trajo el café y observó el profundo pliegue que se había formado en su frente.

—¿Qué le preocupa? —preguntó.

Galby tomó un sorbo de la infusión.

—Me preocupa que... Kawr VI, aparte de la desaparición de Dupré, no dé motivos para preocuparse —contestó él. Señaló con la mano un sector del tablero de instrumentos—. Mire, un planeta deshabitado, pero en completo orden. Los gérmenes normales, ecología normal...

—Pero la nave número 934 estalló, Galby.

—Vamos a ver si eso es cierto, Einez.

Durante las horas que siguieron, la nave orbitó en torno a Kawr VI. El radar efectuaba barridos continuos en todos los sentidos, pero no consiguieron recibir ningún eco interesante.

—La nave de Dupré no ha estallado, Einez —aseguró Galby.

—¿Cómo? —se extrañó Lisa.

—Fue una explosión simulada. Todavía estoy por ver la primera nave que explote en pleno espacio y no deje siquiera un mal tornillo como rastro. No es un poco de pólvora envuelta en papel explosivo; siempre quedan restos retorcidos, orbitando en el espacio... y el radar no ha recogido el menor eco.

—¿Quiere decir que Dupré fue secuestrado?

—Me gustaría no equivocarme, Einez.

Lisa se quedó pensativa durante unos momentos.

—Tuvo que ser un ataque rápido y fulminante —dijo al cabo.

—Sí, pero no en Kawr VI.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Sencillamente, Dupré fue capturado en las proximidades de Nilles XXXIII.

—¡Imposible! ¡Son casi cien años luz de distancia! —protestó la muchacha.

—Y no son más porque Nilles XXXIII es precisamente el planeta que les interesa.

—¿A quiénes?

Galby lanzó un profundo suspiro.

—A los amigos de Harrian —contestó. Y tras un segundo de pausa, añadió—: Vamos a Nilles XXXIII, Lisa.

La muchacha asintió. Empezaba a comprender a Galby.

Sólo mucho más tarde se dio cuenta de que el Analista, inconscientemente —¿o lo había hecho de una manera deliberada? —, había pronunciado su nombre de un modo completamente antirreglamentario.

«Me ha llamado Lisa», pensó. Y el caso era que no le disgustaba en absoluto.

Días después, cuando estaban a punto de alcanzar las inmediaciones de Nilles XXXIII, todavía en súper impulsión, Lisa dijo:

—Cuando salgamos al espacio normal nos detectarán.

—Hay un medio de evitarlo —respondió Galby.

—Es muy costoso en energía —alegó la muchacha.

—Pero no queda otro remedio. Dupré no lo hizo y por eso fue secuestrado en Nilles XXXIII en lugar de Kawr VI.

—No me explico, entonces, cómo se produjo la explosión.

—Se me ha ocurrido una hipótesis —contestó Galby—. Puede que no sea cierta, pero... Los secuestradores de Dupré se apoderaron de su nave y volaron hasta las inmediaciones de Kawr VI. Allí simularon la explosión... Bueno, no fue simulada; simplemente hicieron estallar una esfera de energía y, al mismo tiempo, cortaron toda comunicación con el C.C.S.A.P.

—Parece factible —convino Lisa—. ¿Qué más?

—Envolvieron a la nave en la esfera de anti detección y regresaron por el mismo camino. Posiblemente, lo hicieron en varias etapas, a fin de recargar los tanques solares. Usted dijo antes que evitar la detección es costosísimo en energía.

Lisa asintió pensativamente.

—Así debió de ocurrir —manifestó—. No pudo ser de otro modo.

* * *

La esfera anti detectora, no sólo evitaba que el paso de la nave fuese registrado desde el suelo, sino que también la invisibilidad a unos ojos situados fuera de la misma.

En cambio, sus tripulantes podían ver todo con la misma facilidad. Desde unos cientos de kilómetros de altura, volaban con relativa lentitud, con todos los instrumentos de detección conectados, pero sin que, al cabo de muchas órbitas, hubiesen podido apreciar todavía nada sospechoso.

Cansado, Galby se fue a dormir. Lisa se quedó al cuidado de la nave.

Cuatro horas más tarde, Lisa llamó a Galby por el interfono.

—Acuda a la cámara de mando. Es urgente.

Galby saltó de la litera. No se había desnudado, por lo que el tiempo empleado en llegar junto a Lisa fue mínimo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Dos cosas —respondió ella, señalándole el cuadro de instrumentos—. Primera, detecto una fuente de calor. Segunda, vea el indicador de combustible solar.

Galby lanzó una exclamación.

—¡Está llegando a cero!

—Dentro de muy poco, podrán detectarnos por todos los medios, incluidos los visuales. ¿Qué hacemos?

—¿Ha tomado nota de la fuente de calor?

—Sí.

—¿Qué ha observado visualmente?

—Nada. Juraría, sin embargo, que está muy bien enmascarada... la ciudad, factoría o lo que sea.

Galby movió la cabeza. Luego fijó su vista en la pantalla de observación telescópica.

—Vamos a tener que recurrir a un medio de ocultación casi infantil —dijo.

—¿A cuál se refiere?

—Vea ese bosque. Son árboles tipo sequoia, parecidos no sólo en el aspecto, sino en el tamaño.

—Incluso son mayores que los terrestres —apuntó Lisa.

—Exactamente. Calculo que el más bajo medirá cien metros de altura. Aterrizaremos en un lugar adecuado del bosque. Después... Bien, ya resolveremos entonces los problemas que se nos planteen.

Lisa estaba sentada en su sillón. Galby ocupó el suyo e inició la maniobra de aterrizaje.

—Colóquese la coraza protectora —indicó.

Lisa obedeció. Momentos después, seguros en sus sillones, Galby desconectó el sistema sustentador y la nave cayó a plomo.

El aire silbó agudamente al ser desplazado por aquel enorme aparato que descendía con la velocidad de un obús. A veinte kilómetros del suelo, Galby inició la acción de frenado.

Fueron unos momentos malos. Los dos creyeron que se iban a fundir con los asientos. Durante unos segundos, estuvieron sometidos a una acción de más de quince gravedades.

En el último instante, a sólo cinco mil metros del suelo, Galby dejó a la nave totalmente frenada. El resto del descenso se cubrió por simple inercia, a una velocidad de dos metros por segundo.

Cayeron en un pequeño claro y, aun así, troncharon numerosas ramas. Pero las copas de los árboles más bajos se elevaban a cuarenta metros sobre sus cabezas.

Galby se relajó. Lanzó un profundo suspiro.

—Hemos llegado —dijo.

Miró a Lisa y sonrió.

—Ha sido un aterrizaje perfecto, pero yo no lo hubiera intentado —comentó la muchacha.

—Teníamos que hacerlo; no quedaba otro remedio. Bien, vamos a disponernos para la acción.

IX

El silencio en el bosque era absoluto. La luz solar no llegaba apenas al suelo, cubierto de una espesa capa de césped que amortiguaba por completo el ruido de los pasos. En la cúspide de la nave, la antena de carga se había orientado automáticamente hacia el sol de Nilles XXXIII y estaba reponiendo la energía consumida.

Envueltos en los trajes sanitarios, llevando a la espalda el equipo que Galby había estimado podían necesitar, deliberaron brevemente antes de emprender la marcha.

—La antena captora de energía solar no recibe toda la necesaria, debido a las ramas superiores de los árboles —dijo él—. Esto significa que el período de carga se duplicará en extensión.

—Desde luego —contestó ella.

—La fuente de calor, lo he calculado mientras aterrizábamos, está a unos ocho kilómetros, en la linde del bosque. Nos dirigiremos hacia allí; espero llegar al hacerse de noche.

—¿Y después?

—Veremos qué es lo que origina esa señal de calor. Entonces tomaremos una decisión.

—¿La destruirá?

—Si conviene, lo haré —respondió él brevemente—. Pero no olvide que tenemos que rescatar a Dupré.

—Sí, es cierto.

Galby consultó su reloj, que ya había acomodado al horario solar del planeta.

—Tenemos dos horas y media de luz —dijo—. Vamos.

Inmediatamente, rompieron la marcha. Era fácil perderse en el bosque, pero ellos sabrían reconocer el camino en cualquier momento, orientados por una señal de radio, emitida desde la nave, que sólo podía ser captada por ellos.

La sensación de pequeñez era abrumadora. El diámetro medio de los árboles oscilaba entre los quince y veinte metros. Los de cien metros de altura eran pequeños en comparación con otros que alcanzaban una mitad más. Apenas se divisaba el cielo entre las ramas de aquellos gigantes vegetales.

—Por fortuna, la naturaleza es sabia —comentó Galby, unos

minutos después de su marcha.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó Lisa.

—Sencillamente, cuando los árboles son muy pequeños están más juntos. En éstos, por su mismo tamaño, el espacio de separación no es inferior nunca a los treinta o treinta y cinco metros, lo cual permite una marcha mucho más rápida, sin obstáculos.

Lisa asintió. El suelo era llano y herboso. De haberse tratado de otra clase de árboles, las dificultades en el avance habrían resultado mucho mayores.

Durante una hora, la marcha se realizó sin la menor dificultad. De pronto, oyeron un fuerte aleteo por encima de sus cabezas.

Lisa se volvió. Un grito de espanto se escapó inmediatamente de sus labios.

Galby respingó. Nunca había visto un ave de semejante tamaño.

Parecía un águila, pero con una envergadura superior a los diez metros. El pico ofrecía un aspecto terrorífico.

—¡Cuidado, Lisa! —gritó, a la vez que la empujaba con fuerza, lanzándola al suelo.

Él mismo se tiró un instante después, eludiendo así el feroz ataque del pájaro, que pasó volando raudamente a menos de un metro del suelo. Las alas tabletearon estruendosamente, removiendo las capas de aire con increíble violencia.

Tendida en el suelo, Lisa se ladeó con objeto de poder sacar su pistola radiante.

—¡No lo haga! —gritó Galby.

El pájaro se había posado en el suelo, a unos metros de distancia. Ofrecía un aspecto terrorífico, su corvo pico, de más de cuarenta centímetros de longitud, elevándose a dos metros y medio sobre el suelo. Las garras estaban dotadas de unas uñas agudas como puñales y tenían un grosor de la muñeca de un hombre.

—Usar la pistola radiante podría delatar nuestra posición —dijo Galby, mientras echaba la mano hacia atrás, buscando algo en su mochila—. Cuando yo me ponga en pie, eche usted a correr y sitúese al otro lado del árbol más próximo.

—Pero ese pájaro...

—Haga lo que le digo —ordenó él perentoriamente.

Ya tenía en la mano un pequeño taladro eléctrico, movido por una potente pila, que hacía girar la broca a varios miles de

revoluciones por minuto. Se puso en posición de agazapado y esperó.

—¡Ahora, Lisa!

Ella echó a correr. Entonces Galby se puso en pie y extendió los brazos, como si provocase al animal.

El pájaro saltó hacia adelante, haciendo crujir su pico estremecedoramente. Avanzaba ahora a saltos, batiendo el suelo con los extremos de las alas, un golpe de las cuales podía quebrar la espina dorsal de Galby con toda facilidad.

El Analista esperó a pie firme hasta el último instante. Entonces se lanzó hacia adelante, horizontal, pasando entre las patas de la bestia.

El pico del pájaro sólo encontró el vacío. Cuando quiso reaccionar, usando las garras, ya no tenía presa para ellas.

Galby pasó por debajo del cuerpo, se ladeó ligeramente y, con la mano izquierda., se agarró a un manojo de plumas, fuertes y ásperas. Dio un salto y se colocó sobre el lomo del animal.

Éste volvió el cuello, intentando picotearle. Galby atacó con su taladro eléctrico, perforándole el pico. El pájaro emitió un horrible graznido de dolor.

Intentó lanzarse al aire, pero necesitaba espacio para correr y tomar impulso, y los árboles le obstaculizaban considerablemente. Galby dio otro salto y se agarró a las plumas de la cabeza, enroscando ambas piernas en torno al cuello del monstruo alado.

Entonces aplicó la broca a la cabeza del pájaro. Brotó un chorro de sangre cuando el taladro perforó el hueso en menos de un segundo y, al llegar al cerebro, el animal se desplomó fulminado.

No obstante, sus alas se movían aún peligrosamente. Galby hizo dos o tres perforaciones más, atacando el cerebro desde distintos puntos. Los espasmos del animal cesaron por completo.

—¡Ya puede salir, Lisa! —gritó.

La joven apareció, todavía temerosa y amedrentada. Galby saltó al suelo.

Con un puñado de hierba, limpió el taladro. Miró a la muchacha y sonrió.

—Ha estado un poco durillo, ¿eh?

—Bueno —dijo Lisa—, el bicho era un poco mayor que los gérmenes contra los cuales luchamos habitualmente, pero usted

tenía razón; si hubiese empleado la pistola radiante, habríamos corrido el riesgo de ser detectados.

Galby guardó el taladro.

—Ahora corremos otro riesgo —dijo tranquilamente—. Fíjese.

Lisa volvió la cara. Una exclamación de alarma se escapó de sus labios en el acto.

—¿Hormigas carnívoras? —apuntó.

—Necrófagas, estimo —calificó Galby—. De lo contrario, habrían aparecido antes.

Lisa se retiró unos pasos. El suelo estaba literalmente invadido por una enorme multitud de insectos semejantes a las hormigas terrestres, pero mucho mayores, con tamaños que oscilaban entre los cuatro y los siete centímetros.

—Estos animales poseen un instinto prodigioso —comentó Galby —. Saben que el pájaro está muerto y se disponen a aprovecharse de sus restos. Por si acaso —añadió—, sería conveniente que nos retirásemos cuanto antes.

Había cientos de miles de hormigas que, en pocos segundos, cubrieron el cuerpo y las alas del pájaro por completo, iniciando su macabra labor. Galby y Lisa no perdieron tiempo en contemplar un espectáculo que no tenía nada de agradable.

Se encontraron con otra columna de hormigas, cuya rapidez de avance era ciertamente notable. Sin embargo, no fueron atacados, lo cual corroboró las suposiciones del Analista.

Una hora más tarde, al oscurecer, alcanzaron la linde del bosque.

—Sólo veo colinas muy bajas, redondeadas y cubiertas de hierba —comentó ella, un tanto frustrada.

—¿Colinas o telas pintadas?

Lisa le miró sorprendida.

—Si son telas pintadas, es preciso reconocer que el pintor es todo un artista —dijo.

—Y han empleado unos cuantos botes de pintura.

—Galby se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol y consultó una esfera del cuadro de mandos pectoral—. Todo está normal en cuanto a gérmenes —dijo—. Creo que, por el momento, podemos quitarnos los cascos.

Así lo hicieron. Galby se despojó de la mochila y sacó alimentos concentrados y agua.

—Tenemos que alimentarnos.

Lisa no opuso la menor objeción. La cena, frugal, pero sustanciosa, fue consumida en pocos momentos.

—Esperaremos a la media noche —indicó Galby—. Descanse mientras tanto.

Lisa se tendió sobre la hierba. La temperatura era excelente, por lo que no se echaban de menos las ropas de abrigo.

Varias horas después sintió que le tocaban en el hombro.

—¿Es hora ya? —preguntó en voz baja instintivamente.

—Sí. Póngase el casco y conecte la lámpara de infrarrojos.

—De acuerdo.

—Si necesitamos decimos algo, use la línea especial del S.A.P. Convendría que colocase ya el dial en la posición adecuada.

—Conforme.

Nilles XXXIII no disponía de ningún satélite que reflejase la luz de su estrella sol, por lo que la oscuridad era absoluta. Sin embargo, merced al proyector de rayos infrarrojos, podían avanzar sin temor a tropezar con ningún obstáculo.

Caminaron durante quince minutos sin ningún incidente. De pronto, Galby, que marchaba destacado, sintió que el suelo cedía bajo sus pies.

—Cuidado, Lisa.

Ella se detuvo en el acto. Galby se arrodilló y, con un instrumento elemental, una simple navaja, empezó a hurgar en el suelo.

—Era tela pintada y recubierta de césped artificial en algunos puntos —confirmó él, segundos más tarde.

La abertura era pequeña y la tela muy resistente, por lo que le costó bastante practicar un orificio de la suficiente amplitud para poder pasar los dos. Entonces vieron que el suelo caía verticalmente durante unos tres metros.

—Voy a saltar yo primero —dijo él.

Lisa le siguió a continuación. De pronto, oyó un gruñido.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—He tropezado con un poste, maldita sea. No sé cómo no lo he visto…

—Desconecte el proyector de infrarrojos.

Al hacerlo, vieron una iluminación normal bajo la cubierta de

tela.

También vieron otras muchas más cosas, que les dejaron llenos de asombro.

X

La tela, recia y sólida, era una cubierta de mayor espesor a medida que se avanzaba bajo el espacio disimulado por aquel singular enmascaramiento. Numerosos postes sustentaban aquella especie de tejado, pero, cuanto mayor era la distancia, mayor era el intervalo entre los postes.

Galby no tardó en comprender la razón de aquella aparente paradoja.

—El techo es más sólido lejos del borde —dijo—. Por consiguiente, hay vigas de mayor fortaleza que permiten el espaciamiento de los postes sustentadores.

A cien metros de la entrada, el espacio entre poste y poste era de otros tantos metros. El suelo hacía una suave pendiente, que no parecía tener fin.

Sin embargo, la iluminación era suficiente para permitirles distinguir los menores detalles, de aquella singular construcción subterránea.

—Si es que, realmente, puede llamarse subterránea —comentó Galby a media voz.

Un poco más adelante, divisaron una larga fila de vagonetas de plataforma, que transportaban grandes cantidades de plancha de metal. El tren de vagonetas iba arrastrado por un vehículo de motor pequeño, pero de gran potencia y no corría sobre rieles, sino que podía circular por cualquier parte por donde tuviera espacio, debido a las ruedas con llantas de neumáticos de que estaban provistos todos los vehículos.

—Empiezan a confirmarse las primeras impresiones acerca de la extracción de metales en Nilles XXXIII —murmuró Galby.

—¿Para qué querrán tanta plancha? —preguntó Lisa.

—No tardaremos en saberlo, creo. Sigamos.

El tren de vagonetas se alejó, siguiendo un camino recorrido en anteriores ocasiones, a juzgar por las huellas de rodadas impresas en el suelo. Galby y Lisa caminaron en sentido paralelo a la dirección del tren.

De pronto, vieron que venía otro tren en sentido contrario. Apenas si tuvieron tiempo de saltar tras una columna y esconderse.

El grosor de la columna era muy superior al de sus dos cuerpos juntos, sobre todo, teniendo en cuenta que la falsa bóveda, que simulaba, por encima de sus cabezas, una llanura con pequeñas colinas y vaguadas, se hallaba a casi cien metros de distancia.

La cabina de mando de la vagoneta era descubierta, debido a la excelente temperatura que reinaba en el interior. El conductor iba sentado, manejando con aire negligente el vehículo.

Detrás del tractor, seguía una hilera de unas veinte vagonetas, vacías sus plataformas. Sentado en la vagoneta de cola, con las piernas colgando por fuera, un hombre contemplaba el monótono paisaje con aire aburrido.

Galby se dio cuenta de que el tren iba a tasar a escasa distancia de su escondite. Entonces, se le ocurrió una idea.

—No se mueva, Lisa —ordenó.

Rodeó la columna lentamente, procurando no ser visto. De pronto, dio un salto y se lanzó hacia adelante con todo su ímpetu.

El hombre que iba sentado en la última vagoneta le vio y abrió los ojos desmesuradamente. Antes de que pudiera reaccionar, Galby le agarró por una pierna y tiró con fuerza.

El individuo cayó al suelo y rodó un par de veces, quedando aturdido, mientras el tren se alejaba a marcha moderada. El conductor no se había percatado del incidente, situado a casi cien metros de distancia.

—¿Le ayudo, Galby? —llamó Lisa por radio.

—No es necesario —contestó él.

El individuo quiso levantarse. Galby le asestó un seco golpe en la mandíbula y lo dejó sin sentido.

Luego le agarró por el cuello de su camisa y tiró de él, llevándoselo a rastras hasta el otro lado de la

—Lisa, rápido —dijo—, saque de su mochila el microscopio de equipo.

Ella empezó a actuar. Mientras tanto., Galby se había quitado la mochila y estaba hurgando en su interior.

Extrajo una carterita plana, que abrió. En ella había diversos instrumentos médicos. Sacó también un frasquito con desinfectante y limpió la yema de uno de los dedos del prisionero, que continuaba inconsciente.

Con una lanceta, practicó una diminuta incisión en la piel. La

sangre, una gotita, brotó en el acto.

Lisa recogió la muestra en una platina de vidrio, que colocó inmediatamente bajo el microscopio. Graduó el ocular del aparato y miro a su través.

Casi en el acto, lanzó una exclamación de asombro.

—¡Cielos!

Luego volvió la cara y miro al Analista.

—¿Cómo lo sospechó? —pregunto.

—Una vez estuve tentado de quitarme el traje sanitario, en el subterráneo —respondió él—. Sin embargo, preferí esperar. Aún me acuerdo de mi experiencia con los gérmenes telepáticos.

—Comprendo —dijo ella. Miró de nuevo a través del microscopio y luego se apartó a un lado—. ¿Quiere ver la muestra, Galby?

El Analista asintió. Graduó los oculares y aplicó la vista.

Los gérmenes se movían alborotadamente junto con los glóbulos rojos y los leucocitos. Fue un rápido vistazo, comprobación simple de sus sospechas.

—¿Cree que los gérmenes flotan en el ambiente? —preguntó Lisa.

—Aquí, no; en Xotil II, donde usted me rescató, debe de haberlos en libertad, en determinadas zonas del planeta.

—¿Por qué aquí no? —quiso saber ella.

—Este hombre es un prisionero. Todo prisionero obedece órdenes, de grado o por fuerza. En su caso, que debe de ser el de otros muchos, hay un medio de hacerle obedecer las órdenes.

—Los gérmenes telepáticos.

—Exactamente. Pero el que da las órdenes tiene el organismo libre de esos gérmenes, bien por inmunización, aislamiento, esterilización o por lo que sea. Y si nos acordamos de que quisieron colocarme una inyección con una dosis de esos gérmenes, podremos deducir fácilmente el resto.

Lisa movió la cabeza.

—Así ha debido de ocurrir —convino. Y luego preguntó—: ¿Qué piensa hacer con este desdichado?

Galby sacó otra carterita de su mochila y empezó a preparar una inyección:

—Ponerle de nuestro lado —contestó.

* * *

El movimiento bajo la falsa llanura era mínimo, dada la hora.

Lett Bouer, así se llamaba el prisionero, se había ido hacía rato ya. Galby y Lisa continuaron su camino.

Quinientos metros más adelante, se encontraron con la primera astronave.

—Es muy parecida a las nuestras —observó Lisa.

—Sí, pero no es el exterior lo que nos interesa —contestó Galby.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—¡Cuidado! —advirtió él, atrayéndola hacia una columna.

Un hombre se paseaba aburridamente al pie de la astronave, que medía unos noventa metros de altura. El aparato no estaba terminado totalmente, ya que se veían algunas planchas al pie, que cubrían los huecos que se advertían en el exterior de su estructura.

Galby esperó la ocasión propicia. Luego, de pronto, saltó sobre el vigilante y le atontó de un puñetazo, al igual que había hecho con Bouer.

Inmediatamente, le aplicó la inyección inmunizadora. Luego ordenó a la muchacha que se quedase junto al prisionero y él corrió hacia la escalera de acceso a la nave.

Trepó a la cabina de mandos y buscó la escotilla de acceso a la sala de motores. Una vez la hubo encontrado, sacó un diminuto soplete y empezó a cortar cables a diestro y siniestro.

Minutos más tarde, el sistema de propulsión había quedado fuera de servicio. Regresó a la sala de mandos y, con la ayuda de un destornillador, levantó la tapa de la consola de mandos.

Una impresionante maraña de finísimos cables, forrados de aislantes de todos los colores, apareció ante sus ojos. Galby sacó unos alicates y se dedicó a cortar sistemáticamente todos los cables.

Una vez hubo recogido los restos de su labor, colocó de nuevo la tapa de la consola. Destruyó también las conexiones de las pantallas, visora, telescópica, de radar y analista de superficie y finalizó su labor con la destrucción de los sistemas de conexión de los mecanismos de aireación y acondicionamiento de la atmósfera interior.

En pocos minutos, había dejado inutilizada la nave por completo. Antes de que pudieran ponerla de nuevo en servicio, pasarían días enteros.

Regresó al suelo.

El prisionero se había despertado ya y les contemplaba con ojos incrédulos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Galby.

—Pann, Miguel Pann —contestó el hombre, que aún no se había recobrado de la sorpresa recibida.

—Ahora está inmunizado. Ya no tiene que obedecer las órdenes que le daban, como si fuese un autómata. ¿Me ha comprendido?

—Sí —contestó Pann.

—¿Conoce a un tal Lett Bouer?

—El nombre me suena —admitió Pann.

—También le hemos inmunizado. Él va a ayudarnos. ¿Nos ayudará usted también?

Pann vaciló un instante.

—No sé qué es lo que pretenden ustedes —contestó, irresoluto.

—En primer lugar, pretendemos no tener que destruir estos astilleros a bombazos, hablando claro. Morirían muchos, inocentes, ¿comprende? Si nos ayudan, se salvarán todos.

Pann guardó silencio unos segundos.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Qué es lo que he de hacer?

—Dígame primero cuántas naves terminadas y a punto de ser utilizadas existen.

—Desconozco el número exacto, pero no bajarán de cuarenta.

Galby lanzó un silbido.

—Lo han hecho bien y rápido —comentó—. ¿Es usted el vigilante de este sector, Pann?

—Sí, señor.

—Entonces, encárguese de destruir todos los sistemas de conexión de las naves encomendadas a su vigilancia. Busque unos alicates y un destornillador; eso le bastará. ¿De acuerdo?

Pann asintió.

—Conforme. Lo haré inmediatamente —prometió.

Galby tomó el brazo de la muchacha.

—Sigamos, Lisa.

Ella obedeció en el acto.

El subterráneo no parecía tener fin.

Hubo momento en que Lisa creyó que Pann había exagerado por defecto en el número de las astronaves, tantas parecía haber bajo la bóveda artificial. Pero era mera apariencia; en realidad, Lisa contó

pocas más de cuarenta.

Todas eran iguales, enormes, dando una sensación de potencia sin límites. Al pasar junto a una de ellas, Galby le señaló la inscripción de uno de sus costados, pintada con la pintura especial del Servicio.

—¿Empieza a comprender? —preguntó.

—Ahora sí —respondió ella—. Es como si las piezas sueltas empezaran a encajar.

—Creo que no tardaremos en completar el rompecabezas...

Galby se interrumpió repentinamente.

Una de las lamparitas de su cuadro de mandos pectoral oscilaba rápidamente.

—El director está llamando —dijo.

—¿Cómo? —se asombró Lisa.

—Dejé conectado el receptor hiperespacial —explicó Galby—. Gaspar llama a la nave y nosotros podemos recibir su mensaje.

Hizo girar el dial de la radio. Lisa le imitó.

Segundos después, oían, aunque algo distorsionada, la conocida voz de Jary Gaspar:

—El director a los Analistas números 310 y 1.219. Caso resuelto. Regresen a la Central de Control. Acusen recibo. Eso es todo.

XI

Lisa era mujer ordinariamente ponderada, pero en aquella ocasión escuchó las palabras de Gaspar con el rostro demudado por el furor.

Galby adivinó que iba a pronunciar alguna inconveniencia y le hizo un gesto con la mano, recomendándole silencio. Lisa logró contenerse.

—Habla Analista número 310 en nombre propio y en el del número 1.219 —contestó Galby con voz tranquila—. Recibida orden y comprendida. Iniciamos el regreso. Informaremos a la llegada. Eso es todo.

Y cortó la comunicación.

—¿De veras vamos a volver, ahora que lo tenemos ya todo casi resuelto? preguntó Lisa, por la onda especial que sólo ellos usaban.

—Claro que no —respondió Galby—. Pero no podía ponerme a discutir ahora con él, ¿verdad?

—Gaspar es un traidor —dijo Lisa furiosamente—. Nunca me imaginé que pudiera ponerse de acuerdo con Harrian y sus cómplices.

—En este mundo —declaró Galby filosóficamente—, lo menos predecible siempre ha sido el comportamiento de las personas. Vamos.

Avanzaron unos trescientos metros más. De pronto, oyeron que sonaba una campana.

—Ya ha amanecido —dijo Galby—. Seguramente, dentro de poco, los prisioneros se pondrán a trabajar.

—¿Qué haremos nosotros? Estamos muy lejos de la entrada…

Galby la interrumpió bruscamente. Un tractor, sin ninguna vagoneta detrás, corría velozmente casi en su misma dirección.

—Aquí, pronto —dijo, atrayéndola hacia una de las monumentales columnas que sostenían la estructura.

El tractor desfiló a buena marcha por delante de ellos. Iba ocupado por una docena de hombres armados todos con rifles radiantes. Dado el reducido espacio, los guardias iban apiñados en el vehículo.

El tractor se alejó.

—Se diría que nos han descubierto —comentó Galby.

—Pero no nos han atacado —dijo ella.

—Me refería a nuestra nave... o quizás es que han encontrado la abertura que hicimos. Sigamos adelante, de todas formas.

Reanudaron su camino una vez perdido de vista el tractor. Cien metros más adelante, divisaron un edificio de cuatro pisos, situado en el centro de una vasta explanada.

Un par de sólidos postes de entramado de hierro sobresalían de su parte superior. Uno de ellos estaba rematado por una gran rejilla, que Galby estimó debía de ser utilizada en las transmisiones hiperespaciales.

El otro era el arranque de un gran nudo de cables del grueso de una muñeca, que se perdían en distintas direcciones.

—Deben de ser las conducciones de energía, centralizadas en el edificio —opinó Galby.

—Lo cual significa que todos los trabajos se dirigen desde aquí.

—Justamente.

—¿Y...?

Galby sacó la pistola radiante, a la que acopló un culatín de tubo de aluminio, desmontable en piezas para su mayor facilidad de transporte. Una vez armado y acoplado el culatín, lo apoyó en el hombro y apuntó cuidadosamente a la antena de rejilla.

Bastaron dos descargas para causar en la rejilla sendos orificios de unos veinte centímetros de diámetro.

—Las comunicaciones hiperespaciales han quedado suspendidas —dijo, tras los disparos—. A todo lo que pueden aspirar ahora es a emitir mensajes radiados de corto alcance..., lo mismo que lo harían con la radio de un traje espacial.

A continuación, Galby varió la puntería.

Uno tras otro, fue rompiendo los cables con la fenomenal potencia de las descargas de energía. Los cables caían con sordo estruendo y causaron algunos desperfectos en la parte superior del edificio.

Guardias armados salieron fuera, empuñando sus rifles, alarmados por el ruido de los cables rotos. Galby y Lisa se escondieron detrás de una columna.

Alguien ladró una orden y los guardias se dispersaron en todas direcciones. Galby miró a la muchacha.

—Temo que no vamos a tener otro remedio que entregarnos —dijo.

—¿Lo cree necesario?

—Sí.

Lisa suspiró.

—Está bien. Confío en usted, Galby.

Y, abandonando el escondite, salieron a terreno descubierto con los brazos en alto.

Un guardia los vio y gritó algo a sus compañeros.

Inmediatamente, media docena de hombres armados corrieron hacia ellos. Uno, más exaltado que sus compañeros, les apuntó con el rifle radiante, pero alguien que parecía ser el jefe, desvió el arma oportunamente.

El jefe avanzó hacia ellos.

—Quítense los cascos —ordenó.

Galby y Lisa obedecieron.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el individuo hostilmente.

—Rod Galby, Analista número 310, y Lisa Einez, Analista número 1.219 —contestó Galby serenamente.

El jefe de los guardias pareció impresionarse.

—¡Analistas! —exclamó.

—Justamente —dijo Galby—. Estamos aquí en misión oficial y vamos a destruir el astillero de naves espaciales.

* * *

El nerviosismo de Lisa iba en aumento a medida que transcurría el tiempo.

—¿Por qué no vienen? —preguntó de pronto, interrumpiendo sus frenéticos paseos.

Galby la miró con expresión sonriente.

Estaba tendido en un diván, en actitud llena de indolencia, todo lo contrario de Lisa.

Dijo:

—En otras épocas, realmente no tan lejanas, hace sólo un par de siglos, los hombres tenían una costumbre que ha desaparecido ya. Entretenían sus ocios con un tubito de papel, lleno de una hierba aromática, que quemaban para aspirar el humo. Ello les servía de recreo en sus momentos de hastío, para calmar los nervios…

—¡Yo no estoy nerviosa! —dijo Lisa explosivamente—. Lo que sí estoy es impaciente. Llevamos ya casi una semana de encierro, sin que...

—Sin que nadie haya venido a vernos, ¿verdad?

—Justamente. Nos han quitado todo nuestro equipo, las armas, los instrumentos... la radio... ¡A saber lo que habrán hecho con nuestra nave!

—Se la habrán quedado, sencillamente.

Lisa se detuvo y cruzó los brazos bajo el opulento seno.

—No sé cómo puede permanecer ahí tan tranquilo, esperando que vengan a matamos de un momento a otro —dijo.

Galby la dirigió una mirada crítica.

Despojados de sus trajes sanitarios, sus captores les habían facilitado otras ropas: camisas, pantalones cortos y sandalias.

Con el rostro encendido por la cólera, Lisa ofrecía un aspecto que Galby juzgó encantador.

—¿Qué me mira usted tanto? —preguntó ella—. Debo de parecerle un basilisco, ¿no?

—Todo lo contrario: está guapísima —sonrió Galby.

—Déjese de bromas y haga algo para solucionar nuestra situación...

—¿Romper la puerta a cabezazos, por ejemplo?

Ella le dirigió una mirada llena de irritación.

—Suele decirse que un Analista es un hombre que debe conservar el dominio de sí mismo, por encima de todo, pero usted sobrepasa ya los límites de lo permisible. ¿Acaso no le importa lo que pueda ocurrimos?

Galby se sentó en el sofá.

—Me importa mucho, pero con gritos no solucionaremos nada —contestó—. El hombre que nos arrestó, y que estimo debe de ser una especie de jefe, pero sin capacidad para decisiones de importancia, ha tenido que hacer muchas cosas en esta semana que ha transcurrido desde que nos capturaron...

—Desde que nos dejamos capturar —rectificó ella.

—Da igual —siguió Galby—. Lo primero que hubo de hacer es reparar la rejilla de la emisora hiperespacial. Luego tendrían que enviar un mensaje...

—¿A quién?

—A sus superiores, naturalmente. Le habrán dado unas órdenes concretas respecto a nosotros y… bien, nos tiene aquí esperando a que llegue.

—¿Quién es el que ha de llegar?

—Harrian… o alguno de los que están por encima de él.

—¿Lo cree usted así?

Galby se puso en pie.

—Tiempo atrás, hablamos de una vasta conspiración. ¿Lo recuerda? —dijo.

Lisa asintió.

—Sí, por descontado —respondió.

—Bien, la conspiración sigue adelante…

—De tal modo, que hasta Gaspar se ha unido a los traidores.

—Eso parece —convino él tranquilamente—. Pero usted se deja influenciar demasiado por las circunstancias externas y eso, que no es bueno para un Analista, me gusta a mí muchísimo.

Lisa arqueó las cejas.

—No le entiendo —dijo.

Galby sonrió. Se acercó a ella y le puso las manos en los hombros.

—Un Analista —declaró—, es un hombre como todos los demás. Con una serie de obligaciones y deberes superiores, si se quiere, pero, en determinados aspectos, igual a sus semejantes.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó ella.

—Mi padre fue también Analista. Eso no le impidió enamorarse, casarse… y tener hijos.

—¡Oh! —se ruborizó Lisa. De pronto, exclamó—: ¿Está pidiéndome en matrimonio?

Galby volvió a sonreír.

Lisa le miró. La expresión pétrea había desaparecido por completo del rostro de Galby.

—Usted, ¿qué opina? —preguntó él.

Hubo un instante de silencio. Una ligera sonrisa entreabrió los rojos labios de la muchacha. Su seno se movía con acompasados movimientos de ascenso y descenso.

La puerta se abrió de pronto y el mismo hombre que les había capturado, apareció bajo el dintel.

Galby y Lisa se separaron de inmediato.

—¡Vaya —exclamó el individuo burlonamente—, cuánto siento

interrumpir una escena tan tierna! Pero deberán excusarme; la culpa no es mía.

Galby hizo un gesto con la mano.

—Oh, no importa. Tiempo quedará para las efusiones amorosas —manifestó.

El hombre endureció su gesto.

—Lo dudo mucho —contestó—. No creo que vivan ya mucho más, aunque no será por falta de ganas.

—¿De quién, suyas o nuestras?

—Mejor será que no discutamos —rezongó el guardia—. Acompáñenme; hay alguien que quiere hablar con ustedes.

—Harrian, ¿no?

El guardia sonrió burlonamente.

—¿Cómo lo han adivinado?

XII

Harrian también sonrió con expresión burlona al ver entrar a la pareja en su despacho.

—Si usamos una frase antigua, podremos decir que las tornas se han cambiado —dijo con aire satisfecho.

—El optimismo inmoderado suele ser la perdición de muchos hombres que se creen más inteligentes que el resto de sus semejantes —contestó Galby sin perder la serenidad.

—Cuando hay motivos para el optimismo, ¿por qué ser pesimista? —dijo Harrian—. Pero siéntense, por favor, ¿quieren?

—Por lo visto —terció Lisa—, desea que estemos cómodos en el momento de leemos nuestra sentencia de muerte.

Harrian le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Quién les ha dicho que vamos a matarles? —exclamó.

—El jefe de los guardias...

—Ah, Rothar. Es un tanto exaltado, por lo que no deben hacer demasiado caso de sus palabras. No es nuestra intención matarles, créanme.

—Respiro aliviada —dijo Lisa, con cierto retintín en la voz.

—No tomamos medidas extremas, salvo cuando es absolutamente necesario —declaró Harrian—. En su caso., esa necesidad no existe, máxime hallándose ya en nuestro poder.

—Tendré que repetir la misma frase de mi colega —dijo Galby—. Así que no van a matarnos.

—No. Ustedes son individuos demasiado valiosos para que nosotros les suprimamos sin más ni más.

—Tan valiosos como el Analista Dupré.

Harrian sonrió.

—Es usted muy perspicaz, Galby. Y tremendamente astuto, aunque no tanto como nosotros.

—Oh, ya me di cuenta de ello cuando se dejó atrapar con la nave de mi colega Einez. En realidad, nunca pensó escapar; sólo estaba tendiendo una cortina de humo, ¿verdad?

—Debo admitirlo, aunque no creí que llegase a adivinarlo —dijo Harrian.

—Ustedes capturaron la nave de mi colega. En muchas cosas, es

una nave como las demás, pero tiene un equipo que incluye aparatos que sólo los Analistas pueden llevar. Ustedes copiaron ese equipo y lo están instalando en las naves que construyen bajo la falsa llanura en que nos hallamos.

—Sí, es cierto; con ese fin capturamos la nave de la señorita Einez y mentimos al decir que había sido desguazada. Luego me dejé atrapar para ocultar nuestros verdaderos propósitos.

—Los cuales tienen alguna relación con los gérmenes telepáticos.

—Imposible negarlo —sonrió Harrian.

—Nunca creí que pudieran existir seres inteligentes de tamaño tan exiguo —dijo Lisa.

—¿Tiene que ver algo el tamaño con la inteligencia? En realidad, no son inteligentes contemplados bajo un módulo humano. Es... otra clase de inteligencia, algo difícil de definir, ciertamente. También un perro, a su modo, es inteligente, pero no razona.

—¿Y los gérmenes sí? —preguntó Lisa.

—¿Razona una hormiga? Hace cosas que parecen ejecutadas por un humano, pero no son realizadas bajo el influjo de una inteligencia racional. Sin embargo, la inteligencia de estos gérmenes es muy diferente. No se puede decir que razonen, aunque tampoco se puede asegurar lo contrario de un modo rotundo.

»Pero poseen una virtud, si así se le puede denominar, que no existe en otros animales, porque animales son, a pesar de su tamaño infinitesimal. Un germen solo, aislado, no es nada; miles de ellos, reunidos en enjambres de colonias, reúnen sus... inteligencias y forman una sola, mayor cuanto mayor es su número. Teniendo en cuenta que son del tamaño de bacterias, imagínese qué ocurrirá cuando se reúna una colonia de millones de gérmenes.

—Inoculados en el organismo de un humano, por ejemplo —dijo Galby plácidamente.

—Sí, pero sólo con una dosis especial, de un volumen determinado, que no puede ser sobrepasado ni disminuido.

—Vamos, lo justo para que el paciente obedezca como un idiota las órdenes que... alguien le transmite telepáticamente.

Harrian volvió a sonreír.

—¡Qué facilidad para la adivinación posee usted, Analista! —exclamó—. Así es, justamente como usted lo ha descrito. Un individuo sometido a nuestro tratamiento, que ha de renovarse

periódicamente, claro, aunque no con mucha frecuencia, es un sujeto de fácil receptividad a todas las órdenes que se le den por telepatía. Los gérmenes, quizá por razón de su misma naturaleza, sienten debilidad por una parte del organismo humano y, una vez inoculada la dosis, corren a través del sistema vascular hasta llegar a… ¿se lo imaginan ustedes?

—Al cerebro, por supuesto —dijo Galby.

—Justamente. Allí van y… Bien, a fin de cuentas, el cerebro es el centro de toda actividad inteligente. El resto es fácil de imaginar.

—De este modo, un ser normal se convierte en un telépata.

Harrian volvió la vista hacia Lisa, que era quien acababa de hablar.

—Usted lo ha dicho, pero todavía hay más —contestó.

Hizo una ligera pausa y se inclinó hacia delante, con el fin de aumentar el efecto dramático de sus palabras.

—Fue el descubrimiento sensacional de uno de los científicos de Afro XI —dijo—. El hombre lo empleó en animales solamente, pero hubo alguien que opinaba de distinta forma.

—Había que usarlo con sus congéneres.

—Sí. Y así se hizo… porque el pensamiento no tiene límites en el tiempo ni en el espacio. Personas tratadas con dosis de gérmenes telepáticos podrán comunicarse a través de miles de años luz instantáneamente. ¿Se dan cuenta de las enormes ventajas que ofrece este descubrimiento?

—Podrán suprimirse los transmisores de radio a bordo de las astronaves.

—Justamente —contestó Harrian—. Pero nosotros, aunque aplicaremos el tratamiento a ese fin, lo pospondremos por el momento. Tenemos algo más urgente que hacer.

—Dominar el S.A.P. —dijo Galby.

—Lo tenemos dominado ya. Gaspar es uno de los nuestros. Recibió una inyección de la dosis y ahora está en nuestro poder.

—Como Dupré, a quien me imagino volando por el espacio, realizando misiones en su exclusivo beneficio.

—Exactamente —contestó Harrian—. Y como lo harán ustedes dentro de poco… y lo harán más Analistas en muy breve plazo. Todo el S.A.P. —aseguró el hombre con énfasis—, será nuestro.

—De esta forma, no lo dudo en absoluto —contestó Galby—.

Falta, sin embargo, que sus propósitos y proyectos logren el resultado apetecido.

Harrian levantó las cejas.

—¿Acaso lo duda? —dijo.

—Hasta cierto punto, me siento inclinado a creer que todo sucederá como usted preconiza. Analistas telépatas, más telépatas en otros puestos... pero, ¿cómo conseguirán que les obedezcan?

—Oh, es sencillísimo. Usted no debe ignorar que es raro el ser vivo que no desarrolla dos o más variedades. Empezando por el hombre... los perros de caza y de lujo... los felinos, el león, el leopardo y el gato no son sino variedades de la misma raza... Con los gérmenes telépatas sucede lo mismo.

»Tenemos la variedad que desarrolla hasta un grado increíble las facultades telepáticas del hombre y tenemos la variedad que hace obedecer las órdenes que se le emiten, también por telepatía o incluso por radio.

—¡Magnífico! —exclamó Galby—. Me ha dejado anonadado, abrumado por el descubrimiento. Supongo que, después de esto y en un breve plazo, se convertirá usted en el dueño del mundo.

Harrian pareció amoscarse.

—No es cosa de burla —respondió.

De pronto se puso en pie y dijo:

—Vengan.

Salió de la habitación, seguido por la pareja. Lisa dirigió a Galby una mirada de súplica, a la que él contestó con un gesto tranquilizador.

Había dos hombres armados, los cuales se colocaron a ambos lados de la pareja. Harrian guio la pequeña comitiva hacia la escalera que conducía al piso superior, en el que sólo se veía una puerta, que abrió de inmediato.

—Entren —ordenó—. Y ustedes —se dirigió a los guardias—, permanezcan aquí hasta nueva orden.

* * *

Durante varios minutos, Galby y Lisa permanecieron silenciosos, contemplando el increíble espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

La habitación era de las dimensiones del edificio en cuanto a longitud y anchura. Tenía unos treinta metros de largo por veinte de

ancho y se divisaban en ella varias mesas larguísimas, todas ellas ocupadas por centenares de bocales, cada uno de los cuales contenía un cerebro humano, sumergido en un líquido casi transparente, que Galby supuso debía de ser una fórmula especial para conservación indefinida.

Al pie de cada bocal había una cajita negra, de la que salían cables por dos de sus costados. Unos cables iban a parar al interior del bocal y otros se introducían en sendos orificios practicados sobre la tabla de la mesa.

Al fondo, se divisaba una especie de consola de mando, con numerosos botones, teclas e instrumentos de verificación y medida. Varios hombres con bata blanca iban y venían de un lado para otro, examinando los bocales, tomando notas de cuando en cuando y realizando diversas operaciones que a los Analistas se les antojaron poco menos que cabalísticas.

—¿Y bien? —dijo Harrian, satisfecho del pasmo que observaba en las facciones de sus prisioneros—. ¿Qué les parece?

—Antes de emitir una opinión, convendría saber exactamente qué significa todo esto —respondió Galby.

—Se lo diré con mucho gusto —manifestó Harrian—. Cada cerebro humano que ven ahí es un «micrófono», por así decirlo, que sirve para transmitir órdenes telepáticas al sujeto que nos interesa... después de haberle estudiado convenientemente y aplicado exactamente la misma dosis de gérmenes que la que ha recibido el cerebro que servirá de... intermediario.

»En aquella consola de mandos, están los controles de cada cerebro, naturalmente, todos con su número respectivo. Usted puede ver los cables que van del cerebro a la caja de enlace y de ésta, por debajo de la mesa y el pavimento, a la consola de mandos. Basta, pues, elegir el número deseado para remitir la orden precisa y recibir la información a su debido tiempo, una vez realizada la misión encomendada.

—A capricho suyo —habló Lisa.

—Digamos mejor a nuestra conveniencia —sonrió Harrian cínicamente—. Ustedes no pueden darse ni idea del provecho que puede proporcionar un Cuerpo de Analista trabajando exclusivamente para nosotros y en la forma que se nos antoje más adecuada a nuestros propósitos.

—Eso se imagina con facilidad —dijo Galby secamente—. Pero, ¿cómo saben que la misión, sea cual sea, ha sido realizada correctamente?

Harrian hizo un signo con la mano.

—Vengan.

Y les llevó hasta la consola de mandos, que ocupaba casi toda la superficie de aquel muro.

—Es una máquina maravillosa —dijo Harrian—, producto del trabajo de nuestros científicos durante años y más años. Como pueden ver, en el punto de control de cada cerebro, hay una ranura. Por ella saldrá una cinta impresa, mera traducción de las imágenes que capta el cerebro del Analista en misión a palabras escritas.

»Allí —señaló con la mano—, se ve un teclado, con el cual se pueden imprimir mensajes si resultan excesivamente largos... no hay ni que decir que la memoria de un Analista tratado con nuestro descubrimiento es prodigiosa..., pero también se le pueden transmitir las órdenes verbalmente. De la consola pasa al cerebro que tiene, digamos, la misma longitud de onda, y la orden es recibida instantáneamente, no importan los años luz que haya entre este centro de control y el Analista.

Harrian se volvió hacia ellos, invadido por una singular satisfacción:

—Han sido muchísimos años de trabajo los necesarios para llegar a este punto y sacudirnos la oprobiosa dictadura del S.A.P. La espera fue larga, pero valió la pena soportarla.

—Y ahora, supongo —dijo Galby sin inmutarse—, nos aplicará a nosotros el mismo tratamiento.

Harrian levantó una mano, sin dejar de sonreír.

—¿Doctor?

Uno de los hombres con bata se acercó a la pareja, llevando en las manos todo lo necesario para poner dos inyecciones, cada una de las cuales sería aplicada por una jeringuilla distinta.

—Les aconsejo que no se resistan —dijo Harrian.

—No pensábamos hacerlo —respondió Galby, empezando a remangarse—. A propósito, ¿no les remuerde la conciencia por las muertes que han causado? Me refiero a las personas cuyos cerebros están en los bocales...

—Oh, un ser humano vive mientras vive su cerebro —manifestó

Harrian displicentemente—. Y esos cerebros continúan tan vivos como cuando se hallaban en el interior de la caja craneana.

El médico aplicó a Galby la primera inyección.

—Olvida usted una cosa —dijo el Analista—. Un ser humano es, primordialmente, un ser con alma… El alma lo es todo, pero cuando un ser humano está vivo, le agrada disponer de su cuerpo… Le agrada pasear, ir aquí, allí, contemplar lo bello, conviene que padezca para que luego se alegre cuando terminan sus sufrimientos, debe amar… Las mentes de los hombres a cuyos cerebros dejó sin cuerpo deben de odiarles profundamente a todos ustedes.

—¿Importa algo eso? —contestó Harrian con orgullo indisimulable.

La aguja de la segunda jeringuilla se clavó en el mórbido brazo de Lisa Einez.

XIII

El médico retiró la aguja del brazo de Lisa.

—Antes de cinco minutos, los gérmenes habrán llegado a sus cerebros —dijo Harrian.

—Dudo mucho que eso suceda —declaró Galby con voz llena de serenidad.

Harrian le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué es lo que trata de decirme? —preguntó.

—Usted, como representante del grupo de ambiciosos que rigen Afro XI, ha olvidado, y ellos también, un detalle muy importante: no hay germen para el cual, a la larga o a la corta, no se descubra la inmunización correspondiente.

Harrian dio un paso atrás.

—¿Eh? —dijo.

—También en el S.A.P. hay buenos biólogos y no tardaron en descubrir el modo de inmunizar a una persona tratada con sus gérmenes telepáticos. La señorita Einez y yo, antes de emprender esta misión, recibimos el tratamiento correspondiente.

Un pesado silencio gravitó de repente sobre el laboratorio.

De pronto, Harrian se volvió hacia el médico.

—¿Doctor, es cierto eso? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el interpelado—. Nosotros también hemos descubierto los anticuerpos que originan inmunidad, aunque, naturalmente, no los hemos aplicado en los casos que no eran necesarios.

—¿Por qué no me lo dijeron? —chilló Harrian, lívido y descompuesto.

El médico se encogió de hombros.

—Usted no era muy aficionado a recibir consejos —respondió—. Por otra parte, creí que estaría al tanto de una cosa tan elemental.

Harrian dirigió a la pareja una mirada llena de perversidad.

—Está bien —dijo—. No volarán por el espacio a nuestro servicio..., ¡pero nos servirán con sus cerebros metidos en sendos bocales! ¡Y les aseguro que esa inmunidad que poseen contra los gérmenes desaparecerá bien pronto!

Galby no se inmutó.

—Usted cree que todos los prisioneros que hay aquí le obedecen, ¿no es cierto?

—Es verdad —declaró Harrian orgullosamente—. Para muchos de ellos no es necesaria una orden transmitida a través de un cerebro conservado en un bocal. Pero, además, tengo una serie de guardias armados...

Un súbito tumulto se oyó repentinamente fuera del laboratorio.

—¿Qué es eso? —gritó Harrian—. ¡Averígüenlo, pronto! —ordenó.

—No es necesario —dijo Galby—. Yo se lo explicaré.

El ruido crecía por momentos.

Harrian clavó sus ojos en el Analista.

—¡Hable, pronto! —rugió.

—Con mucho gusto —respondió Galby—. Cuando mi colega y yo llegamos aquí, hicimos sucesivamente dos prisioneros, a cada uno de los cuales entregamos gran cantidad de dosis de tratamientos contra los gérmenes que ustedes les habían inoculado.

»Antes dije que también el S.A.P. tenía buenos biólogos. No tardaron mucho en descubrir la forma de matar los gérmenes telépatas, por medio de una toxina que es innocua para el organismo humano, pero fatal para ellos en menos de un minuto.

»Lett Bouer y Miguel Pann recibieron dosis suficientes para tratar a millares de hombres. Les habrá costado un poco, pero han iniciado la sublevación en el momento justo.

»Quieren ser libres, como siempre lo fueron, y volver a sus planetas de origen, eso es todo —concluyó Galby.

Harrian le miraba con ojos brillantes por la ira que sentía. De súbito, bajó la mano y sacó la pistola radiante que pendía de su cinturón.

Galby resultó infinitamente más veloz. Levantó el pie y la pistola voló por los aires.

Harrian lanzó un rugido de rabia y se precipitó sobre el arma.

Galby volvió a usar el pie. Harrian rodó por el suelo, alejándose de la pistola, que pasó a poder del Analista.

Los médicos permanecían inmóviles, sin atreverse a intervenir. Harrian quedó tendido a medias en el suelo, contemplando a Galby con expresión que ahora era de pavor.

—¿Va... a matarme? —preguntó.

Galby meneó la cabeza.

—Un Analista no es un ejecutor, a menos que lo haga en defensa propia —contestó—. Otros se encargarán de usted y del grupo de ambiciosos que intentó subvertir el orden de la Galaxia con fines propios. ¡Levántese!

Harrian se incorporó torpemente. En aquel momento, se abrió la puerta del laboratorio.

Bouer y Pann irrumpieron al mismo tiempo.

—¡Galby! —gritó el primero—. ¡Hemos triunfado!

—Los guardias han sido reducidos. Los astilleros son nuestros —añadió Pann.

Galby miró a Harrian y sonrió ligeramente.

—Todos sus planes se han convertido en humo —dijo. Movió la mano y añadió —: Litt, Miguel, encárguense de este hombre y no le pierdan de vista ni un solo segundo. Debe de asistir a su juicio... ¡y recibir el castigo correspondiente!

Bouer y Pann avanzaron hacia Harrian. El jefe de Orden de Afro XI bajó la cabeza.

Estaba derrotado.

La imagen de una dura sentencia apareció ante sus ojos.

Era la imagen de un cubículo de cristal en el que era introducido el sentenciado a la máxima pena y luego convertido en polvillo cósmico.

Desintegrado.

Los tres hombres salieron del laboratorio.

Galby miró en torno suyo.

—¿Quién es el jefe? —preguntó.

—Yo, señor —contestó uno de los médicos.

—También ustedes responderán de estos crímenes —dijo Galby duramente—, porque crimen es privar a un cerebro humano de su cuerpo. Emplearon su ciencia con fines bastardos, en lugar de aplicar sus conocimientos al mejoramiento de la humanidad.

—Nos obligaron... —se excusó tímidamente el hombre.

—Salgan —ordenó Galby con sequedad.

Los biólogos abandonaron el laboratorio.

Al quedarse solo. Lisa preguntó:

—Rod, ¿qué vas a hacer?

Galby se acercó a la consola de control y la estudió

detenidamente unos minutos.

De pronto, vio una palanca que sobresalía por uno de sus costados y terminaba en una bola roja.

Asió la bola y bajó la palanca. Se oyó un leve chasquido.

Durante unos segundos, todo pareció continuar en orden.

Súbitamente. Lisa lanzó un grito:

—¡Mira, Rod!

Galby volvió la cabeza.

El líquido en que estaban sumergidos los cerebros se estaba congelando.

La temperatura bajó casi instantáneamente en el laboratorio.

—Los cerebros mueren —dijo Lisa.

Galby movió la cabeza afirmativamente.

—Ésa era mi intención —contestó.

En pocos minutos, el líquido de los bocales se convirtió en hielo.

Al dilatarse por la congelación, el líquido rompió los vidrios. Los chasquidos se sucedieron sin interrupción durante algunos minutos.

—Me siento como un asesino —dijo Galby.

—Los asesinos fueron ellos… Harrian y su grupo de cómplices —dijo Lisa.

Se agarró a su brazo y le miró a los ojos.

—Ellos —señaló a los bocales— te lo habrán agradecido. Si mi cerebro hubiese estado ahí, también hubiese querido morir.

Galby se esforzó por sonreír.

—Vamos —dijo.

Fuera de la casa, sonó un clamor unánime cuando los prisioneros, ya liberados, les vieron aparecer.

Lett avanzó hacia ellos.

—Harrian, los biólogos y los guardias están todos a buen recaudo —dijo.

—No tardarán en venir naves suficientes para llevárselos —contestó Galby.

* * *

Lett Bouer y Miguel Pann se hicieron cargo de la custodia de los prisioneros, hasta que llegaron las naves enviadas por el S.A.P.

Galby y Lisa continuaron la exploración del planeta. Hallaron minas y altos hornos y liberaron a los cautivos.

Cuando todo hubo terminado, regresaron a su nave y despegaron.

—Tendremos que aplicar el tratamiento al director —dijo él, una vez se hallaron en órbita libre.

—¿Tú crees? —preguntó Lisa.

—No está bien que un Analista critique a un superior, pero Gaspar fue siempre un poco orgulloso. No quiso inmunizarse… y alguien, un cómplice de Harrian, como lo fueron el taxista y el sujeto que me atacó en mi casa, debió de inyectarle una dosis de gérmenes telépatas. Seguramente, uno de esos cerebros que había en el laboratorio era el que servía para darle órdenes a capricho de los conspiradores.

Lisa asintió.

—En tal caso —dijo—, espero que lo sucedido le sirva de lección.

Galby movió la cabeza, mientras se reclinaba en el respaldo del sillón.

De nuevo se extendían las estrellas ante sus ojos.

Una vez más, Analista en misión, volaba por el espacio.

¿Seguiría siempre aquella vida nómada y llena de peligros?

—Tienes una profesión y no puedes abandonarla —dijo Lisa.

—¡Eh! —protestó él—. ¿Cómo lo sabes?

Lisa sonrió.

—No soy telépata, pero soy mujer —contestó.

—Ah, sí, una vez hablaste de la intuición femenina, creo.

—En efecto…, y tú tienes metido en la sangre el veneno del espacio. Si dejases de ser Analista, sufrirías enormemente. No abandones la profesión, Rod.

Galby se volvió. Alargó el brazo y cogió la mano de la muchacha.

—Quiero casarme contigo —dijo—. Si me caso, no podré seguir volando.

Lisa sacudió la cabeza.

—Seguirás volando…. Y yo también, a tu lado, hasta que…

—¿Hasta cuándo?

Ella se ruborizó.

—Soy mujer. Si me caso, puedo encontrarme en una situación que no me permita pilotar una astronave.

—Comprendo.

—Pero esperaré siempre tu regreso. Esperaré pacientemente tu vuelta, porque eso es lo que han hecho todas las mujeres en todas

las épocas y yo no debo ser la excepción.

Galby volvió a mirar a las estrellas.

—¿Quién sabe? —dijo—. Tal vez la vida sedentaria no me prueba tan mal como supones.

Ella se reclinó amorosamente en su pecho.

—En todo caso, dejemos que el tiempo decida, ¿no te parece?

Galby asintió.

—El tiempo —murmuró—. Y nosotros siempre juntos.

—Siempre juntos —repitió Lisa.

FIN